

BASSET HOUND

Un romance de NAVIDAD

TRISTEMENTE DESTINADOS



SEBASTIAN LISTEINER

BASSET HOUND

Un romance de NAVIDAD

TRISTEMENTE DESTINADOS



SEBASTIAN LISTEINER

SEBASTIAN LISTEINER

**BASSET HOUND, UN ROMANCE DE NAVIDAD:
TRISTEMENTE DESTINADOS**

Copyright © 2021 Sebastian Listeiner

Todos los derechos reservados.

ISBN:

Para todos los que esperan con ansias ese momento mágico del año.

ÍNDICE

[Sinopsis](#)

[VARADOS EN LA NIEVE](#)

[UNA CITA DESASTROSA](#)

[TAN CERCA Y TAN LEJOS](#)

[ARRIESGARSE O HUIR](#)

[UN TROMPEZÓN SÍ ES CAÍDA](#)

[PREMIOS Y CASTIGOS](#)

[CAÍDO DEL CIELO](#)

[TRISTEMENTE DESTINADOS \(PARTE I\)](#)

[TRISTEMENTE DESTINADOS \(PARTE II\)](#)

[INFORMACIÓN DEL AUTOR](#)

SINOPSIS

Basset Hound, un romance de Navidad: tristemente destinados, es una comedia romántica, simpática y ligera, ambientada en las Vísperas de Navidad, en la que dos polos opuestos, irreconciliables, son demasiado testarudos para aceptar que se complementan y se necesitan mucho más de lo que están dispuestos a admitir.

Acompaña a Santiago y Akina en un viaje intenso por los confines de los sentimientos y descubre junto a ellos que el amor siempre, sin excepción, es un salto al vacío que se convierte en un salto de fe.

VARADOS EN LA NIEVE

Corrían las seis de la mañana del 19 de diciembre, cuando el micro que trasladaba a decenas de pasajeros de regreso a casa, para poder pasar la Navidad en familia, quedó varado por la enorme cantidad de nieve que impedía continuar la marcha. ¿Y ahora qué? pensaron todas y cada una de las personas que venían a bordo, preocupadas por el destino incierto que asomaba inclemente y por el temor, fundado, de quedar a la intemperie con temperaturas siempre bajo cero que amenazaba con helar cualquier pretensión de llegar a destino.

—Señores pasajeros, haremos una parada forzada hasta tanto el clima nos permita seguir nuestro camino —anunció el chofer luego de hablar con los agentes viales.

—¿Y cuándo pasará eso? —preguntó un hombre poniéndose de pie en los asientos traseros.

—No tengo el poder de predicción —ironizó—, pero les garantizo que ni bien la nieve ceda, zarparemos para nunca regresar.

—¿Y qué sucederá con nosotros?, ¿dónde se supone que pasaremos el tiempo hasta que eso ocurra?

—No se preocupen —replicó con las manos hacia abajo, llevando calma—, hay un hotel a trescientos metros de aquí, y la compañía ya se comunicó con el gerente para hacer las reservaciones necesarias.

—¿Y también se harán cargo de los gastos? —inquirió una mujer en clara pose altanera—. Porque no traigo dinero para hacer frente a un alojamiento lujoso, en un sitio como este.

—Descuiden, la empresa se compromete a llegar a un acuerdo con cada uno de ustedes.

—¿Pero ese inconveniente se solucionará pronto, verdad? —preguntó Akina con el rostro pálido como el gélido invierno que azotaba más allá de su ventanilla—. Debo llegar a casa para Navidad.

—Todos tenemos la misma intención —replicó el chofer.

—No, usted no entiende —sonrió nerviosa—; llevo más de cinco meses fuera de mi casa, y le prometí a mi hija llegar a tiempo.

—Comprendo la situación, y también supongo que cada uno de los pasajeros de este micro tienen urgencia de llegar a destino, pero no está en mi poder; lo lamento.

—No puede ser —susurró tapándose el rostro con ambas manos.

—Ahora bajen del micro y síganme —vociferó—, luego volveremos a tomar el equipaje.

De repente, gracias a los avatares atmosféricos que no pueden controlarse, lo que se suponía un viaje de rutina, se transformó en una auténtica odisea que no hacía más que iniciar y ponía a prueba no solo el temperamento y paciencia sino, y sobre todo, la angustia de un corazón abatido.

Para colmo de males, luego de arribar al Hotel Franburg Shus, una parada obligada para todos aquellos amantes del confort en los paraísos nevados, los pasajeros se desayunaron que, debido a la época, plena temporada alta de turismo, había menos habitaciones disponibles de las necesarias y más de uno debía buscar otro rumbo si quería pasar el día a resguardo.

Trabajando contrarreloj, la empresa de transporte encontró en el cuartel de bomberos un buen aliado para salir del paso y poder alojar allí a buena parte de los desdichados; sin embargo, lo que era visto como toda una experiencia o aventura para la gran mayoría, para una mujer que venía soportando la abstinencia de cariño y odiaba, de plano, cualquier cosa que se saliera de la rutina establecida, el periplo comenzaba a volverse toda una tortura.

—Disculpe señorita, ¿se encuentra bien? —indagó un hombre abrigado hasta el cuello, al que apenas se le veían los ojos detrás de la bufanda.

—Sí, no se preocupe.

—Pero está llorando.

—El micro en el que viajaba se vio forzado a detenerse por el clima y...

—Ah, ya veo —interrumpió—; de seguro tenía prisa por llegar a casa.

—Sí, de hecho la tenía.

—Estas fechas son muy especiales, comprendo su sensibilidad.

—Y ahora resulta que no hay habitaciones donde alojarnos —se quejó resignada.

—¿De verdad?

—Parece que todo está ocupado...

—Mire —carraspeó—, mi esposa y yo somos los dueños del Palacio Martinoli, una posada que se encuentra a poco menos de tres kilómetros de aquí.

—¿Habla en serio?

—¿Por qué le mentiría?, ¿acaso le parezco un asesino serial?

—¿No lo es, cierto? —ironizó desatando una carcajada genuina en el anciano.

—En casa hacemos masitas y facturas que traemos al hotel, para servir en el desayuno.

—Y por eso está aquí tan temprano.

—Usted lo dijo.

—¿Pero no están a capacidad máxima en su posada?

—Siempre hay sitio para alguien más, sobre todo en estas fechas.

—No sabe cuánto se lo agradezco —replicó con una sonrisa de oreja a oreja—, pero me temo que aún hay otro inconveniente que no le menciono.

—¿De qué se trata? Si es una cuestión de dinero, no se preocupe, nosotros...

—Tengo un perro —interrumpió sin anestesia.

—¡Adoro a los animales! —exclamó—. Será más que bienvenido también; ¿cuál es el nombre de tu amigo?

—Jazmín, es hembra.

—Tenemos un establo donde estará más que cómoda, descuida.

—No quiero causarle inconvenientes.

—Créame, estaremos más que felices de recibirla.

No se habló más. Luego de cargar el equipaje en el baúl de la camioneta, y acomodar a Jazmín en la parte trasera, Akina notificó al chofer del micro sobre su inesperado alojamiento, para que no fueran a marcharse sin ella, y luego sí se dispuso a emprender el viaje que la llevaría a un sitio confortable y, sobre todo, a una cama cómoda donde descansar.

—Perdona mi falta de educación, no me presenté de modo adecuado, me llamo Eduardo Martinoli.

—Es un placer, yo soy Akina —respondió con una sonrisa.

—Bello nombre.

—Mis padres son japoneses.

—¿Y tú naciste aquí? Porque hablas castellano a la perfección, mejor que la mayoría incluso.

—Vine cuando tenía seis años; me siento parte del país —contestó.

—Entonces... ¿alguien especial te aguarda en casa?

—¿Tanto se nota? —se ruborizó.

—Bueno, creo que no puede fingirse una tristeza como la que te azotó en el hall del hotel.

—Le prometí a mi hija que celebraríamos juntas la Navidad —añoró con tristeza.

—Y así será, no debes perder las esperanzas.

—Llevo cinco meses fuera de casa, y necesito imperiosamente abrazarla, es una necesidad más urgente que el agua para mí.

—Disculpa mi intromisión, ¿pero por qué tanto tiempo sin verla?

—Trabajo —resopló—; es una larga historia...

Tras arribar al hostel, emplazado justo en medio de la nada, con las montañas milenarias circundando el paisaje blanco, salido de un cuento, Eduardo condujo a Jazmín al establo, con la promesa de servirle un gran banquete, mientras Akina se aventuraba a conocer la que sería su casa, al menos hasta que el clima dejara de obstinarse con echar los planes a perder.

—Señora, no tengo palabras para agradecer este gesto que tienen conmigo.

—Eres más que bienvenida —replicó Blanca—; fue una suerte que mi esposo te encontrara.

—Sí, él es mi ángel de la guarda —bromeó.

—Vamos, te llevaré a tu habitación para que acomodes tus cosas y te des una ducha relajante; está helando allí afuera.

—Parece un gran plan —asintió.

—Pronto serviremos el desayuno.

—¿Esta nieve no acabará nunca, cierto? —preguntó con marcado dejo de tristeza.

—El pronóstico anuncia tormenta para los próximos días, pero con suerte el fin de semana será otro cantar.

—Ojalá así sea.

—Ten fe, estarás donde debes estar.

—Gracias, necesitaba unas palabras de aliento.

—Apresúrate —la arengó—, no querrás perderte de las medialunas de Federico.

—Suenan prometedor.

—Créeme, cuando les des un mordisco, conocerás al fin el paraíso.

No era la única que había quedado varada en el momento menos oportuno. Con menos prisa, pero con la misma obligación o compromiso, Santiago Antúnez se vio imposibilitado de atravesar los márgenes del pueblo pero, para su doble pesar, el auto en el que se desplazaba quedó enterrado en un montículo mientras buscaba un sitio donde pasar la noche, y no tuvo más alternativa que aventurarse a la intemperie y llegar al hostel Martinoli antes de convertirse en un simpático y trágico muñeco de nieve.

—¡Por Dios! —exclamó al verlo tiritando, cubierto de escarcha—, ¿se encuentra bien?

—Solo digamos que me quedan dos minutos de vida —replicó sin perder el sentido del humor.

—Vamos, pase.

—Gracias, gracias, gracias.

—¿Acaso es otro de los pasajeros del micro?

—¿Cuál micro? —preguntó mientras se abalanzaba sobre el hogar encendido.

—Olvídelo.

—Iba de camino a casa de mi madre, pero los policías me impidieron el paso —respondió—. Dijeron que se avecina una tormenta y debían cerrar los caminos.

—Tuvo suerte, no querría quedar varado bajo un temporal por estos lares.

—Solo debieron dejarme pasar —objetó.

—Créame, hubiera maldecido su terquedad si lo dejaban hacer su voluntad.

—Me preguntaba si podría...

—Por supuesto —interrumpió—, aún tenemos alguna que otra habitación disponible.

—Y dígame, ¿aceptan mascotas?

—Supongo que eso depende del animal —avisó—, si viene en compañía de un tigre, temo que no podremos alojarlo.

—No, por supuesto que no —sonrió—; solo es un perro.

—Tal vez deberíamos abrir un hostel para canes.

—¿Por qué lo dice?

—Recién se instaló una mujer que también vino acompañada de un cuadrúpedo.

—¿De verdad?

—Piensa regalárselo a su hija en Navidad; ¿y cuál es su historia? —preguntó curioso.

—En realidad, Bartolo es mi compañero de ruta, un leal amigo.

—¿Y dónde está?

—Lo dejé en el auto; ya sabe, los Basset Hound pueden ser muy tercos y no quise arriesgarme a exponerlo en este clima.

—¿Acaso esos perros están en oferta o los regalan en algún sitio? —bromeó—. No me haga caso, solo fue un mal chiste. Subiremos a mi camioneta e iremos por él; en el establo estará más que cómodo.

—De acuerdo, muchas gracias, es usted muy amable.

—Apresurémonos, aún está a tiempo de alcanzar el desayuno.

—Santiago.

—¿Disculpe?

—Mi nombre —sonrió estirando su mano para ser estrechada—, Santiago Antúnez.

—¡Qué tonto soy! Eduardo Martinoli —respondió consumando el apretón—. Acérquese a la cocina y pregunte por Blanca, ella le dará una habitación para que pueda instalarse.

Sin perder el tiempo, apurado por zambullirse en una cama tibia, pero consiente de que debía rescatar a Bartolo antes de que la situación empeorase, Santiago subió rápido las escaleras para dejar las pocas pertenencias que lo acompañaban en la habitación, y en el apuro chocó con una mujer que se disponía a bajar al comedor perdida en sus pensamientos, con el corazón a cientos de kilómetros de distancia.

—Disculpe, en verdad lo siento.

—Podría fijarse por dónde camina, casi me disloca el hombro —le reprochó.

—Bueno, yo podría decirle lo mismo.

—¿Está hablando en serio? —preguntó frunciendo el ceño.

—No soy yo quien venía mirando su celular.

—No, usted simplemente venía dispuesto a llevarse el mundo por delante, como si yo fuera un fantasma, como si no estuviera.

—¿Disculpa?

—Olvídelo —replicó con un ademán de desdén—, no tiene caso.

—Claro, cuando te acorralé, cuando te diste cuenta de que había sido tu culpa, dices olvídelo y finges ser la víctima —le recriminó.

—Por si no lo notaste, casi me tiras de la escalera.

—Fue tu negligencia.

—Mira, ya bastante tuve el día de hoy como para tolerar a un peleador compulsivo.

—Haré de cuenta que nada de esto sucedió; me resisto a que mi día empeore.

—Sí, es lo mejor que puedes hacer para rehuir de tu responsabilidad.

—¿Disculpa?, ¿acaso quiere que la cargue en brazos mi lady? —chicaneó.

—Eres un maleducado.

—Y tú una desquiciada.

—Típico de sujetos prepotentes.

—¿Qué te da derecho a juzgarme? —inquirió abriendo los brazos de par en par.

—Tú me insultaste, ahora no te hagas el ofendido.

—Te dije desquiciada porque hiciste todo un drama de un casual y leve choque —se excusó.

—¿Sabes una cosa? No perderé el tiempo discutiendo contigo —reviró dándole la espalda, dirigiéndose al comedor principal.

—Sí, escapa, huye despavorida.

No sería el primer cortocircuito entre ambos. Sin embargo, en Akina no había sitio para nada más que no fuera su hija y el dolor insoportable que le generaba la posibilidad de fallarle, de incumplir una promesa, de faltar a su palabra.

—Tranquila, no dejes que la pena te abrume más de lo necesario —dijo Blanca palmeándole la espalda.

—Me había hecho mucha ilusión de llegar a casa.

—¡Y lo harás! —exclamó—. Estoy segura de que pasarás la Navidad con tu hija.

—¿De verdad?

—Además, piensa que pudo haber sido peor, al menos tienes donde quedarte.

—Estaré en deuda de por vida con ustedes.

—Tonterías.

—Lo digo en serio —insistió—, han sido muy amables conmigo desde que llegué a su pueblo.

—Y dime, ¿te gustan las medialunas?

—Son un manjar; podría comerme una docena.

—Me dijo mi esposo que viniste acompañada.

—¡Sí, Jazmín! —asintió—. Es la primera vez en mi vida que tengo perro, espero que a mi hija le guste.

—¿Nunca tuviste uno? —preguntó con los ojos desorbitados.

—Cuando era niña vivíamos en departamentos pequeños y cuando al fin me mudé a una casa con más espacio, el trabajo me consumía casi todo el tiempo —se excusó apenada—. Luego, cuando me casé, descubrí que a mi esposo no le gustaban los animales, así que me resigné a no tenerlos nunca.

—¿Y qué cambió?

—Me divorcié hace cuatro años —respondió cabizbaja, tensa.

—Lo lamento, no quise incomodarte.

—No hay problema, ya está superado.

—¿Quieres más café?

—¡Yo sí quiero! —intervino Santiago con inusitada desfachatez.

—¿Tú? —preguntó Akina petrificada.

—Por supuesto señor Antúnez, tome asiento que enseguida le sirvo —asintió Blanca dirigiéndose a la cocina.

—Solo si a la señorita no le molesta que me siente en su mesa.

—No, claro que no —replicó sin mirarlo.

—Y ya que estoy, aprovecho para disculparme por el altercado de hace rato, en verdad lo siento.

—Parece que alguien reflexionó.

—¿Siempre eres beligerante o solo te diviertes conmigo?

—No sé de qué estás hablando —se sonrojó—, solo me aseguro de que no olvides que fuiste un maleducado.

—Tú tampoco fuiste la señora modales.

—¿Perdona?

—Me chocaste, hiciste que yo me disculpara contigo, y ahora que por fin ondeo la bandera blanca y te pido una tregua, vuelve a refloatar tu mala memoria —le recriminó sin perder la sonrisa.

—Claro que no te choqué.

—Lo hiciste —insistió—, pero estoy dispuesto a perdonarte con una condición.

—¿No dijiste recién que tú te disculpabas conmigo?

—Fue antes de ver que continuabas tergiversando los hechos.

—Eres increíble.

—¿Quieres oír mi condición?

—Sé que voy a arrepentirme —susurró.

—No te costará demasiado, créeme.

—A ver, ¿qué tienes en mente para ganarme tu perdón que no necesito?
—inquirió con marcado dejo de ironía.

—¿Almorzarías conmigo?

—¿Acaso no estamos desayunando?

—Acabo de llegar y por lo visto tú estás por irte.

—¿Si digo que sí me dejarás en paz?

—Es una promesa.

UNA CITA DESASTROSA

—Te prometo que estaré en casa apenas el clima lo permita —dijo con nudo insoportable en su garganta.

—No te preocupes mami, sé que llegarás a tiempo.

—¿Sabes que te amo con toda el alma, verdad?

—Sí, también yo.

—Y que voy a comerte a besos ni bien te vea.

—No, me haces cosquillas.

—Lo lamento, no puedo resistirme.

—La tía dice que te quedarás con nosotras un largo tiempo, ¿es verdad?

—preguntó emocionada, ilusionada.

—Es una posibilidad, pero todavía no puedo asegurarlo; no depende de mí.

—¿Eso significa que viviremos juntas?

Akina rompió en llanto. Se alejó del teléfono para no preocupar a su hija, pero era demasiado doloroso lidiar con una realidad que escapaba a su control y partía su corazón en mil pedazos.

—¿Mami, estás ahí?

—Aquí estoy mi cielo —asintió entre sollozos camuflados.

—¿Está todo bien?

—Sí, la dueña del hotel donde me hospedo me avisó que ya estaba listo el almuerzo; eso es todo —fingió.

—La abuela preparará tu comida favorita para Navidad, pero no le digas que te dije, era una sorpresa.

—No lo haré, descuida —replicó secándose las lágrimas con el revés de su mano derecha.

—Papá llamó esta mañana...

—¿De verdad?

—Dijo que quería pasar Año Nuevo conmigo.

—No me digas...

—Volvió a decirme que me extraña, que soy la luz de sus ojos, que quisiera tenerme más cerca.

—Lo que quiere es que vivas con él —reviró con las venas del cuello reverdecidas y los ojos prendidos fuego.

—¿Te enojaste?

—No, solo me molesta que tu padre aproveche mi ausencia para sacar tajada —reviró.

—¿Para qué cosa?

—Olvidalo mi cielo, no te preocupes; yo hablaré con él cuando regrese a casa.

—Te amo mami

—Yo también corazón; hazle caso a tu abuela y a tu tía, por favor.

—Siempre lo hago.

—Más tarde te vuelvo a llamar.

—Adiós.

Akina estaba devastada. A las dudas sobre su presencia en Noche Buena, y la decepción que eso generaría en su hija, se sumaba ahora un problema paralelo que amenazaba mucho más que una cena en familia.

—Con una disculpa sincera hubiera bastado.

—¿Disculpa? —preguntó saliendo del letargo.

—No soy tan rencoroso, no tenías que llorar para que te perdonase —ironizó Santiago a los pies de la escalera.

—Eres un tonto —sonrió.

—¿Entonces esas lágrimas no eran por mí?

—Acepto que fui un tanto brusca esta mañana, que exageré las cosas y me molesté sin razón; no soy así, créeme.

—¿Problemas?

—¿Quién no los tiene?

—Pero no a todos los hacen llorar —advirtió.

—Es una larga historia, olvidalo.

—Si mal no recuerdo, tenemos un almuerzo por delante, tiempo más que suficiente para que aproveches mis servicios gratuitos de confidente.

—Pues, falta más de una hora para que sirvan la comida.

—No me molestaría sentarme a escuchar tu historia mientras esperamos —insistió.

—No, tengo cosas que hacer.

—Eso dolió.

—¿Quién está siendo dramático ahora? —chicaneó.

—De acuerdo, tú ganas; acepto mi derrota.

—No seas tonto, te veré en el almuerzo.

—Es una cita.

—¿Disculpa? —preguntó anonadada.

—No me refiero a una cita cita; es decir, a una de esas reuniones entre... tú sabes.

—Allí te veo entonces.

No mentía, sinceramente tenía cosas que hacer. No mentía, sinceramente tenía cosas que hacer. No había visto a Jazmín desde que la dejó en el establo temprano en la mañana y era hora de cerciorarse de que todo estuviera bien. Para su sorpresa, la perra no estaba sola, pasando el tiempo entre pastizales y heno; por el contrario, estaba muy bien acompañada por otro perro de su raza con quien parecía llevarse muy bien.

—¿Pero qué es lo que tenemos aquí? —inquirió con los brazos en jarra, observando a los melosos Basset Hound revolcados uno encima del otro—. ¿Quién será ese intruso que osa acompañar a mi princesa?

Sin pensarlo dos veces, apurada por un juicio prematuro de su mente, estiró las manos para cargar a su perra y arrancarla de las fauces de un probable perturbador de la tranquilidad, que apenas pudo observar resignado como lo alejaban de su agradable compañera.

—Dime bonita, ¿ese perro te estaba molestando? De seguro se comió toda tu comida —comentó mientras la acariciaba—. Ay amiga mía, en el futuro deberás cuidarte de otros como él, no son de fiar. ¡Mírale sus ojos tristes! Tiene trompa de mujeriego, no es bueno para ti.

—¿Está todo bien por allí? —preguntó Eduardo que hacía una de sus tantas rondas matutinas.

—Sí, solo vine a ver a mi perra —replicó—. ¿Necesita ayuda?

—¿Cómo se te ocurre? Tu deber es relajarte y disfrutar de tu estadía con nosotros.

—Es solo que no me gusta estar demasiado tiempo quieta —alegó—. Además, no olvide que estoy en deuda con usted.

—Entonces, ya que insistes, sé el modo perfecto para que iguales el marcador y ya no me debas nada.

—Dígame, estaré encantada de ayudar.

—Esta noche habrá una pequeña fiesta en el hostel, uno de los huéspedes cumple años y no puedes faltar a la cita; nadie puede.

—¿Es en serio? Usted me engañó —le reprochó con una sonrisa—. Pensaba que me diría el modo en que podría ser de utilidad.

—¡Y ese es! —insistió—. Tu presencia en la fiesta será crucial para una velada agradable.

—Gracias; sé que aún intenta levantarme el ánimo.

—No sé de qué hablas —contestó guiñándole un ojo—. Ve a prepararte para almorzar, no querrás perderte la especialidad de la casa.

A la hora señalada, justo cuando las bandejas repletas de manjares colmaban las mesas en el comedor principal, Akina se hizo presente para sentarse junto a Santiago y terminar de componer una relación que inició con el pie izquierdo, pero que aún tenía mucho que explorar.

—Permíteme —dijo mientras retiraba la silla.

—Gracias —asintió—, pero no hace falta tanta cortesía.

—Lo lamento, es una costumbre arraigada.

—¿Y puedo saber el nombre de tan amable caballero?

—Es cierto, con tanta pelea no tuvimos tiempo de presentarnos —sonrió—. Santiago Antúnez, para servirte.

—Akina Ishiguro.

—Cuando era chico tenía una amiga china y...

—Soy japonesa —interrumpió—, pero valoro tu intento por embaucarme, una vez más.

—¿Me llamas mentiroso?

—¿Lo eres?

—Solo cuando bromeo.

—Yo, en cambio, soy una mujer de palabra y por eso estoy aquí, cumpliendo con la condición que me impusiste.

—Eso me hace muy feliz.

—¿Puedo preguntar cómo terminaste aquí?

—A decir verdad —carraspeó—, vacaciono en el hostel todos los años.

—¿Bromeas?

—Es un sitio muy agradable...

—¡Lo sé! —interrumpió—; es solo que pensaba que habías tenido un accidente o algo por el estilo.

—De acuerdo, me atrapaste —sonrió mientras llenaba las copas de vino—. Iba a rumbo a la casa de mi madre a pasar las Fiestas, pero unos agentes de tránsito me impidieron seguir adelante.

—Sí, me pasó igual —lamentó.

—¿A ti también te detuvieron?

—Más bien al micro en el que viajaba.

—¿Y hacia dónde ibas?

—A encontrarme con mi hija —respondió con un nudo en la garganta—.

Aun no pierdo las esperanzas de llegar a tiempo.

—Seguro serán un par de días y luego podremos cruzar —la animó.

—Eso espero.

—¿Y de dónde vienes?

—De Portuelza.

—¿En serio? hermoso lugar.

—¿Lo conoces?

—No, pero suena interesante —sonrió.

—La ciudad es bonita, pero no hay mucho para hacer.

—¿Y vives allí?

—La mayor parte del año —asintió con un claro dejo de melancolía en su voz.

—Disculpa si te incomodo con tantas preguntas...

—No, es solo que me duele demasiado —confesó.

—¿Tu hija?

—Quisiera pasar mucho más tiempo con ella —replicó con los ojos repletos de lágrimas.

—Sé que no te interesa, pero yo vivo en Naraprisca, otro sitio sin demasiado que hacer —comentó para desviar el tema y darle un respiro a su cita—. Supongo que fue lo más lejos que hallé para huir de mi familia.

—¿Problemas?

—¿Tienes hermanos?

—Una hermana.

—Digamos que mis hermanos son difíciles de sobrellevar —comentó con una sonrisa fingida, jugueteando con los cubiertos de su plato.

—¿Y pasarás la Navidad con tus padres?

—En realidad, con toda la familia.

—¿Incluso con los hermanos que detestas?

—Se lo prometí a mamá —suspiró—. Llevo varios años ausentándome de las reuniones, y supongo que finalmente di el brazo a torcer.

—Creo que nuestra conversación se está tiñendo de tristeza.

—Entonces cambiemos de tema; alejémonos de las costas de la nostalgia.

—¿Quieres oír algo gracioso?

—Me encantaría.

—No vine sola en este viaje.

—¿Y dónde está tu pareja? —indagó apesadumbrado.

—En el establo.

—¿Disculpa? —inquirió petrificado.

—Le compré una perra a mi hija; pero no es eso lo que quería contarte, sino que cuando fui a verla hace rato, la encontré muy tendida en compañía de un perro facineroso que se creía el dueño del lugar.

—¿De verdad? —preguntó cruzándose de brazos, echándose sobre el respaldo de su silla.

—¿Quién iba a decir que dos Basset Hound coincidirían en esta aventura? Por suerte la rescaté a tiempo y la alejé de ese Don Juan.

—¿Tú tienes una Basset Hound?

—Su nombre es Jazmín; es una belleza.

—No te imagino viajando con un perro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con un gesto adusto.

—No lo sé, no pareces del tipo que tendría un perro.

—¿Eso qué significa?, ¿acaso crees que soy de esas que odian a los animales?

—No negarás que eres una novata en el mundo perruno —presionó.

—¿Por qué lo dices?

—Llamaste facineroso a un perro, por el solo hecho de estar tendido en el suelo.

—Debiste ver como miraba a Jazmín; mi instinto no falla, sé que tenía intenciones non-santas.

—Tal vez deberías buscar al dueño y decirle lo que ocurrió.

—¿Hablas en serio? —inquirió esbozando una sonrisa—. Los animales imitan a su líder; de seguro se trata de un hombre sin escrúpulos, acostumbrado a obtener siempre lo que quiere.

—Creo que lo estás prejuzgando.

—Por favor, ni siquiera lo conoces, confía en mí, yo sé bien lo que te digo.

—Solo creo que estás sacando conclusiones demasiado apresuradas.

—Soy abogada, mis conclusiones jamás están erradas —sentenció.

—¿Pero qué pasaría si el hombre resulta ser un buen sujeto, de moral intachable y un respeto casi reverencial por el sexo opuesto?

—Creo que estás leyendo muchas novelas baratas —retrucó—; ese hombre que maquinas, simplemente no existe.

—¿Malas experiencias, tal vez?

—Creía que no íbamos a hablar de nuestras vidas privadas, que habíamos dado vuelta la página.

—Eso hacíamos, pero...

—Ya entiendo —interrumpió—, como hoy te propusiste contradecirme en todo, con el único afán de hacerme enfadar, te pones del lado de un sujeto que es incapaz de enseñarle modales a su perro.

—Estoy bastante seguro de que lo hice.

—¿Y por qué te das por aludido? —inquirió azorada.

—Tal vez porque Bartolo, el perro facineroso, Don Juan e inescrupuloso, es mío.

—¿Disculpa?, ¿estás jugando conmigo, verdad?

—En absoluto; Bartolo y yo somos mejores amigos.

—Definitivamente te propusiste arruinar mi estadía en este hostel.

—¿Entonces no vas a pedirme disculpas? —preguntó fulminándola con la mirada.

—Casi me tiras por la escalera esta mañana; ahora entiendo a quién salió ese perro altanero.

—¿Otra vez me culpas de lo sucedido? Creo que deberías tratarte con un especialista.

—¿Otra vez me llamas desquiciada? —reviró.

—Prácticamente me acusaste de asesino y a mi perro de degenerado.

—¿Sabes qué? Fue una mala idea este almuerzo —replicó mientras se ponía de pie y echaba su servilleta sobre la mesa.

—¿En serio vas a irte?, ¿todo esto por dos perros tendidos en un establo? —se exaltó impotente.

—No, todo esto porque me sacas de quicio.

—Entonces admites que eres una desquiciada.

—¡Te odio! —vociferó abandonando el comedor sin probar bocado.

En horas de la tarde, más específicamente durante la siesta, Santiago se refugió en la pequeña pero confortable biblioteca del hostel y se dispuso a

leer una novela de aventura que lo distrajera más no sea por un rato de la odisea que le tocó en suerte. Allí, mientras se perdía en las páginas del libro, estaba por hallar un nuevo amigo que serviría, además, de confidente mientras durase la estadía y, con suerte, también se convertiría en un consejero perspicaz, de esos que ven mejor el panorama que a menudo nos abruma.

—¿Te molesta si me siento?

—En absoluto.

—Soy Ignacio Velmonte.

—Santiago Antúnez, un placer —contestó estrechándole la mano.

—¿Viniste a pasar las Fiestas aquí?

—No, para nada —sonrió—. El temporal me obligó a detenerme y, por suerte, encontré esta posada para alojarme mientras dure.

—Mi esposa y yo venimos todos los años —comentó—. Nos conocimos aquí y nos gusta rememorarlos, como si fuera nuestro aniversario.

—Eso es hermoso, felicidades.

—Gracias.

—¿Tú eres el del cumpleaños? —preguntó con sincera curiosidad—. El señor Eduardo dijo que habría una celebración y hace rato te vi decorando el salón trasero.

—Imagino que nos acompañarás; estás más que invitado.

—Agradezco la invitación, pero no estoy seguro de que sea una buena idea.

—¿A qué te refieres? ¡Vamos! —lo arengó—, la pasaremos muy bien. Habrá buena comida, música para bailar, degustación de vinos...

—Es solo que no quiero ver a alguien.

—¿Puedo preguntar a quién? —indagó guiñándole un ojo.

—No creo que la conozcas, es una mujer de rasgos orientales que...

—¿Akina?

—¿Cómo es que...

—Está con mi esposa ayudándonos a decorar —interrumpió—, es una mujer de lo más agradable; además de bonita.

—Sí, bueno —carraspeó escondiendo la mirada—; no puedo decir si es o no bonita, jamás la vi de esa manera.

—¿Bromeas?

—¿Tú no estás casado?

—Me refiero a ti; es obvio que ella te movió la estantería —presionó.

—Es un comentario algo anticuado, ¿no lo crees?

—No tienes de qué avergonzarte, cualquiera se sentiría atraído por su belleza —insistió en sus aires de celestino.

—Admiro tu perspicacia, pero estoy bastante seguro de que es una mujer casada.

—Está soltera.

—¿Y por qué debería importarme? —inquirió tragando saliva.

—Dijiste que no querías verla.

—En eso tienes razón; pero no porque me guste, sino porque tuvimos una discusión, un entredicho, una pelea que no tiene marcha atrás —se excusó.

—¿Quieres contarme?

—Solo diré que algunas mujeres son muy testarudas.

—¿Y vas a rendirte tan fácilmente?

—Mira —sonrió—; ya no soy un niño, soy un hombre lo bastante maduro como para captar las señales que gritan que me aleje de ella.

—De acuerdo —asintió—, como digas, pero si yo estuviera soltero, no dejaría que un altercado superficial se interpusiera entre mi corazón y su destino.

—Apenas la conozco...

—Pero se ve a la legua que te afectó.

—Claro que me afectó, me enfureció de hecho.

—¿Y no crees que se deba a que ella te importa más de lo que estás dispuesto a admitir? Piénsalo —sugirió—, y si cambias de opinión, no lo dudes, estaremos esperándote para celebrar.

TAN CERCA Y TAN LEJOS

—Mamá, ya te dije que está fuera de mi control, que no lo hice a propósito

—reiteró por enésima vez, conteniendo las ganas de revolear el teléfono.

—Lo sé hijo y te creo, pero esta situación me tiene angustiada.

—Llegaré, no te preocupes.

—Todos aquí piensan que es una excusa —confesó.

—¿Quieren que les envíe fotos del sitio donde estoy para acallar sus estúpidas acusaciones?

—¡Santiago! —lo regañó—. Cuida el vocabulario cuando hablas con tu madre.

—Solo me molesta que te dejes manipular por tus hijos favoritos.

—Eres injusto, sabes que no hago diferencias entre los tres.

—Pero estoy seguro de que continúan presionándote para que les cedas tu parte del negocio.

—Fundé la empresa con tu padre; y dividiré las acciones en partes iguales cuando llegue el momento —concluyó tajante.

—¿Acaso olvidas cuando quisieron hacerte firmar esos papeles...

—No otra vez, por favor —interrumpió—. Si no hacemos el esfuerzo de dejar atrás el pasado, nunca podremos volver a ser una familia.

—Bueno, estoy volviendo a casa...

—Y espero que no sea por compromiso. ¿Acaso olvidaste lo felices que éramos en Navidad?

—Tengo los mejores recuerdos de cuando era un niño; pero al cabo de un tiempo todo se fue al demonio.

—¡Para eso es esta reunión! —exclamó—. Vamos a recuperar aquellos viejos y buenos tiempos; juntos, en armonía, como una familia, como Dios manda.

—Si tú lo dices...

—Claro que sí, hazle caso a tu madre —sentenció—. Y dime una cosa Santiago, ¿Cómo es el sitio donde estás quedándote?

—Es un hostel muy bonito, en verdad.

—¿Te tratan bien?

—Como a un rey —afirmó—. La atención es excelente y los huéspedes, en su mayoría, gente muy agradable.

—¿Por qué dijiste en su mayoría?

—Bueno —carraspeó—, no los conozco a todos y no puedo aseverar a ciencia cierta que...

—Santiago Antúnez, te conozco desde antes que vinieras al mundo, no intentes engañar a tu madre —interrumpió.

—¿No se te escapa nada, verdad?

—Cuéntame con quién tuviste problemas —ordenó.

—Yo no los llamaría problemas; más bien un intercambio de ideas.

—¿Cómo se llama la chica? —indagó incisiva.

—¿Por qué dices que es una chica?

—El diablo sabe por diablo, pero más sabe por viejo.

—Me haces sentir un mujeriego —reviró—. Al final, terminarás por darle la razón a Akina.

—¿Cómo se llama?

—Es japonesa —respondió.

—Veo que la conoces bien —chicaneó.

—Llegamos casi al mismo tiempo y conversamos un poco, es todo.

—¿Y de qué hablaron?

—¿Sí sabes que existe la vida privada de la gente, verdad?

—No cuando se trata de mis hijos —objetó.

—Pues, para tu pesar, solo nos perdimos en asuntos triviales.

—¿A qué te refieres con mi pesar?

—Madre, no finjas, todos sabemos que llevas años anhelando una nuera.

—¿Me llamas casamentera?

—Solo déjame decirte que no te hagas ilusiones; esa mujer y yo no tenemos nada en común —sentenció.

—¿Por qué, es muy madura para ti? —chicaneó.

—¿Qué insinúas?

—Tal vez te intimidó de algún modo y no supiste como lidiar con una mujer bien plantada.

—Ya veo —susurró.

—Tus últimas novias eran un tanto, cómo decirlo, superficiales.

—¿Ahora juzgas mis relaciones?

—Solo estoy preocupada por ti.

—¿Cómo terminamos hablando de mi soltería? —preguntó en forma retórica—. Estaba por contarte que esa mujer es exasperante, prejuiciosa, testaruda y, por si faltara algo, está completamente loca.

—Puedo ver que esa muchacha no te importa en lo más mínimo —dijo haciendo malabares para contener el ataque de risa.

—¿Ahora te burlas de mí?

—Es muy tierno ver cómo te derrites por ella, lo siento.

—Hasta logró poner a mi madre de su lado; lo que me faltaba —se quejó.

—No te estreses hijo, solo procura no ser tan obvio.

—¿Juegas conmigo?

—Las mujeres somos muy inteligentes, nos damos cuenta enseguida cuando un hombre está hincado a nuestros pies —lo advirtió.

—No puedo creer lo que escucho.

—¿Hijo, estás ahí?

—¿Mamá, qué sucede? —indagó frunciendo el ceño.

—Hijo, no puedo oírte.

—¡Hola mamá, hola!

—Si puedes oírme, no te des por vencido con esa chica.

—Sé lo que intentas, pero no tendrá resultado.

—Hola...

—Mamá, óyeme.

La llamada se cortó. Santiago estaba convencido que lejos de tratarse de un problema de comunicación, fue la forma artera que encontró su madre para tener la última palabra y dejarlo pensando en esa mujer que, aunque se negara a admitirlo, había trastocado por completo sus sentimientos, al punto de resistirse a ir a un cumpleaños por miedo a lidiar con su irreverente corazón. Por otro lado, Akina no estaba exenta de los curiosos que buscaban hurgar en lo más recóndito de su ser. Así, mientras ayudaba en la decoración del salón de invierno para el festejo, no pudo escapar de un interrogatorio que más temprano que tarde terminaría conduciendo a Roma.

—¿Entonces eres abogada corporativa?

—Es tan extenuante como suena —respondió.

—Yo soy profesora de inglés.

—Bueno, lidiar con adolescentes tampoco debe ser un trabajo sencillo.

—Ya lo creo que no —sonrió—; por eso me encanta venir aquí, es como mi lugar en el mundo.

—Sí —suspiró—, no llevo ni siquiera una noche y puedo sentir la magia que se respira.

—¿Entonces viniste a pasar las Fiestas tú sola? —indagó Macarena mientras colocaba unas guirnaldas en la columna lateral.

—No, en realidad no tenía planeado venir; se trató más bien de una jugarreta del destino.

—¿Venías en el micro?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó frunciendo el ceño.

—Fui al pueblo esta mañana y escuché que el temporal le impidió cruzar el paso.

—Sí, estoy rumbo a casa, a ver a mi hija después de cinco meses.

—¿Disculpa?

—Tan cruel como lo escuchas —asintió.

—¿Y no puedes llevarla contigo?

—En casa tiene su escuela, sus amigos, familia y, a decir verdad, no por nada Portuelza es conocida como la ciudad de las oficinas o los grandes bufetes; hay poco y nada para un niño en ese sitio.

—¿Y cómo lo logras? El mío todavía no nace y creo que moriría si lo tuviera lejos —dijo con las manos sobre su vientre.

—Solo diré que no tuve opción.

—Imagino la ansiedad de ella por verte también.

—Hoy la llamé por teléfono, casi muero.

—Intuyo la vorágine en tu interior.

—Solo espero llegar a tiempo —susurró con un hilo de voz—; no quisiera romper su ilusión.

—Y lo harás, no lo dudes ni por un segundo.

—La verdad, ya no sé qué pensar —replicó abatida, con un nudo en la garganta.

—¿Y esta noche asistirás con tu novio? —indagó para levantarle el ánimo, cambiando de tema, ignorando por completo que se adentraba en terreno aún más espinoso.

—¿Con quién?

—El hombre con el que almorzabas hace rato —contestó—; hacen una pareja hermosa.

—¿Te refieres al sujeto que hizo de mi breve estadía en el hostel un auténtico infierno?

—Eh, yo...

—Antes de ir con él a algún sitio, prefiero dormir en el establo con mi perra o, aún peor, abandonarme a la intemperie con 35° bajo cero —interrumpió envilecida.

—¿Tan malo fue?

—Es la persona más irritante que conocí en toda mi vida —sentenció—. ¡Y mira que por mi trabajo he tenido que lidiar con sujetos exasperantes y odiosos; pero como él ninguno!

—¿Puedo preguntar qué sucedió entre ustedes?

—Solo no me lo nombres, te lo suplico.

—Creo que la de ustedes será una historia de varios capítulos —sonrió.

—¿Qué quieres decir?

—Es obvio que aún tienes mucho para decirle; y estoy segura de que él también te reserva algunas balas en la cartuchera —respondió guiñándole un ojo.

—¿Podrías ser más clara?

—Vi cómo te miraba hoy en el comedor; y puedo ver a través de tus ojos un brillo apenas perceptible, pero brillo al fin, cuando hablas de él, aunque despotriques, aunque lo detestes.

—No sé qué crees que estás mirando, pero te aseguro que no hay nada entre Santiago y yo.

—Entonces se llama Santiago.

—¿Qué?

—Antes lo llamaste el sujeto, y de pronto recordaste que tiene nombre —replicó esbozando una sonrisa.

—Créeme, ni en un millón de años existirá una historia entre nosotros.

—Yo conocí a Ignacio en este hostel hace tres años —comentó—; ¡Y ahora mírame! Un hijo de cuatro meses en camino.

—Y me alegro infinitamente por ustedes, pero yo no estoy buscando una relación sentimental, y mucho menos con el desalmado ese.

Por la noche, ajenos al jolgorio que se desataba en el centro de la pista de baile improvisada, Santiago se mantenía apoyado contra una pared, contando los minutos para poder irse sin ser descortés y Akina, por su parte, buscaba distraerse colaborando con la reposición de bebida, haciendo

malabares para no cruzar mirada con su pesadilla constante, ni tampoco para ceder a la presión de bailar junto al resto de los huéspedes.

—¿Puedo preguntarte qué haces aquí solo? —indagó Blanca acercándose a Santiago.

—Disfruto de la música —contestó desviando la mirada, observando a todos aglomerarse en el centro del salón, atraídos por los lentos de los 80s.

—¿Acaso no piensas sumarte?

—No tengo pareja.

—¿Seguro que ese es el motivo?

—Pues, no veo qué otro impedimento podría tener para negarle al mundo mis dotes de bailarían —bromeó.

—Entonces ve y busca una pareja —lo retó.

—¿Acaso estás proponiéndome algo?

—No, pero sí estoy diciéndote algo.

—Creo que me perdí —sonrió.

—Pensaba que eras un hombre valiente.

—¿A qué viene eso?

—No creí que fueras de esos cobardes que se amilanan ante la posibilidad de una negativa.

—¿Puedes hablar en castellano? Temo que no entiendo el mensaje cifrado que quieres transmitirme.

—Creo que lo entendiste muy bien.

—Akina no quiere saber nada conmigo; me detesta —se lamentó.

—¿Notaste lo hermosa que luce esta noche?

—Siempre es hermosa.

—Ve y sácala a bailar —insistió.

—No creo que pueda.

—¿Acaso tienes los pies redondos? No te hice una sugerencia, te di una orden.

—¿Y desde cuando te convertiste en nuestra celestina? —inquirió frunciendo el ceño.

—Desde que tengo la potestad de enviarte a dormir a la intemperie.

—Eso es chantaje, extorsión...

—Tienes dos minutos o puedes ir abandonando tu habitación —sentenció sin anestesia.

—¿Es una broma cierto?

—Ya te queda un minuto y cincuenta y cinco segundos.

Estaba fuera de práctica, ya no era un jovencito. El temblor en sus piernas y el leve sudor de sus manos acompañando su respiración desbocada, eran la prueba irrefutable de que el temor no es una cuestión de edad, y el impulso que te empuja al vacío depende muchas veces de un salto de fe que muy pocos se atreven a dar.

¿Pero tendría otra oportunidad?, ¿estaba listo para pasar una vida lamentando su patética cobardía? Las respuestas son un rotundo no. Por eso, luego de respirar hondo unas tres o cuatro veces, avanzó entre los bailarines mimosos con la mirada fija en la mujer de sus pesadillas, decidido a conquistar su destino, convencido de que el azar había hecho su parte, pero aún restaba la otra mitad.

—¿Me permites esta pieza? —preguntó estirando su mano.

—No sé si deba.

—Sé que empezamos mal, pero al verte aquí sola, tan bonita, no pude resistir la tentación.

—Debí ponerme un vestido más sobrio.

—Para nada, el rojo te sienta como anillo al dedo; pareces salida de un sueño —la halagó mientras la tomaba de la cintura.

—¿No crees que se verá como que quise llamar la atención?

—Tú siempre llamarás la atención.

—Basta, harás que me sonroje y pareceré un tomate escarlata.

—¿Entonces qué dices? —insistió mientras se desplazaban al centro de la pista—. Prometo no pisarte.

—Te advierto que no soy buena en esto.

—Solo dejémonos llevar.

Lo que se adivinaba un suplicio, terminó por convertirse en una noche mágica. Luego de unos cuantos lentos y ritmos más movidos para sacudir el esqueleto, llegó el momento de cantar el feliz cumpleaños, cortar el pastel, brindar por las nuevas amistades y pedir en secreto unos cuantos deseos de esos que rara vez se hacen realidad.

De ese modo, cambiando soledad por compañía y tristeza por felicidad, la fiesta se fundió con la madrugada y en los confines arcanos de las ilusiones genuinas, todavía quedaba espacio para un encuentro que podía acercar posiciones o, por el contrario, poner un alto doloroso, difícil de digerir en plena ebullición.

—¿Puedo acompañarte? —inquirió mientras la abrigaba con su saco.

—Solo contemplaba lo silencioso que es todo por aquí.

—La ciudad es muy diferente.

—¿Ya viste el cielo? Mira cuantas estrellas, es imposible no sentirse diminuto ante tamaña belleza.

—Sí, eso mismo pensaba —dijo mirándola a los ojos, cautivado, rendido a sus pies.

—Quería agradecerte por haber sido mi compañero esta noche; la pasé muy bien.

—Me alegra escuchar eso —sonrió—, yo también lo disfruté mucho.

—Creo que no eres tan malo después de todo.

—Qué bueno que lo dices.

—No, en serio, estoy muy abrumada por este percance con el micro, a la expectativa del clima, y eso cambió mi ánimo por completo —se sinceró—. Por momentos estoy bien, al rato estoy triste, luego enojada y vuelta a empezar. Lamentablemente siempre estabas frente a mí, justo para ser el blanco de mis cambios de humor repentinos. Sé que piensas que estoy loca o que se me zafó un tornillo, pero te aseguro que soy una mujer bastante...

—Estás hablando demasiado —interrumpió apoyando el dedo índice de su mano derecha en los labios de Akina.

—Santiago, yo...

—Solo cierra tus ojos, no pienses —fue lo último que dijo antes de intentar besarla hasta encontrarse con una negativa poco convincente, pero que alcanzó para poner coto a la libido.

—Lo siento, no puedo hacerlo.

—No, yo lo lamento —sonrió mientras retrocedía—, es evidente que no leí bien las señales.

—Hoy fue una noche increíble, pero no estoy lista para esto.

—Descuida, lo entiendo —replicó avergonzado.

—Creo que lo mejor es que me vaya a mi cuarto ahora.

—Supongo que no sirve de nada pedirte que te quedes —intentó jugando su última carta.

—Te veré mañana.

—Akina...

—Por favor no digas nada, no lo hagamos más difícil.

—Pero...

—Te veré mañana.

ARRIESGARSE O HUIR

—¡Buenos días Santiago! ¿Cómo durmió anoche? —preguntó Eduardo a la espera de las novedades.

—A decir verdad, no pegué un ojo—replicó.

—Me imagino —susurró esbozando una sonrisa indescifrable.

—¿Sabe si Akina bajó a desayunar?

—No la he visto, pero pregúntele a las camareras, tal vez ellas la vieron más temprano.

—De acuerdo, gracias.

A toda prisa, como si estuviera desesperado por continuar una velada que no cesaba en su corazón, corrió hasta el comedor central y tras toparse con Eliana, que se encontraba acomodando tazas y servilletas, se abalanzó sobre ella para interrogarla sin cuartel.

—¡Justo la mujer que estaba buscando!

—También me pareces atractivo, pero estoy comprometida, lo lamento —chicaneó.

—¿Has visto a Akina esta mañana?

—No.

—¿Segura que no desayunó?

—Nadie bajó al comedor todavía —reiteró—, es todo lo que puedo decirte.

—De acuerdo.

—¿Por qué tanta urgencia por verla? —indagó con sincera curiosidad—. Espero que no hayan peleado otra vez.

—No, de hecho todo lo contrario.

—¿Acaso ustedes dos...

—No —interrumpió—, pero quedó un tema pendiente anoche y no me gustaría dilatarlo más.

—Ya veo —sonrió.

—Entonces supongo que la esperaré aquí.

—Mira, aún es temprano, no creo siquiera que se haya despertado después de lo agitado de la fiesta, pero para estar seguro, deberías ir a la cocina y preguntarle a Federico.

—Eso haré, te lo agradezco.

Corriendo de un lado a otro, desesperado por desahogar los sentimientos de su alma, Santiago no tardó ni medio segundo en caer presa del cautivador aroma del café recién molido y de los pasteles apenas horneados.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—¿Sería muy desubicado si tomo una medialuna de la bandeja?

—Hazlo —asintió—, no hay problema.

—En realidad, vine hasta aquí para preguntarte una cosa.

—Lo que sea menos la receta de la torta de anoche; es una reliquia familiar que solo pasa de generación en generación.

—No, es algo menos culinario.

—Entonces dispara.

—¿Viste a Akina esta mañana?

—¿Disculpa?

—Sí —sonrió—, sé que es extraño lo que pregunto, pero necesito saber si ya desayunó.

—¿Fuiste al comedor?

—Sí, pero Eliana sugirió que, tal vez, había pasado por aquí por un café rápido....

—Pues, lamento decirte que nadie más que tú ha invadido el fuerte —interrumpió.

—Perfecto, entonces aún no bajó.

—Parece que tienes prisa.

—Quedó un asunto pendiente anoche y... —se paró en seco, por ansioso que estuviera, no quería que todos en el hostel se enterasen de su desesperación aunque, para su pesar, él mismo se había encargado de ponerlos al tanto.

—Decías...

—Iré al comedor a esperarla, seguro no tarda en bajar.

—Parece un buen plan.

Las horas pasaron, el comedor se llenó y luego quedó vacío, el café se enfrió en las tazas de porcelana y los pensamientos se hundieron en una incertidumbre sideral. ¿Por qué no bajó?, ¿acaso tenía alguna indisposición,

se sentía enferma? O, por el contrario, continuaba todavía afligida por una situación que estuvo a nada de salirse de control.

La duda lo consumía, la espera lo mataba, ya no toleraba quedar cautivo de la ansiedad y la paciencia. Por eso, cansado de mirar las escaleras, deseoso de ver su silueta descender elegante, se aventuró hasta el segundo piso y fue directo a su habitación, a constatar de primera mano que todo estaba bien y aún podían culminar lo que iniciaron o, cuanto menos, conversar al respecto.

—¿Akina estás durmiendo? —preguntó después de tocar a la puerta y no obtener respuesta alguna—. Solo quiero saber si te encuentras bien —carraspeó—. No bajaste a desayunar y estamos todos muy preocupados.

«Oye, si tu ausencia esta mañana tiene que ver con lo que sucedió anoche, solo quiero que sepas que está olvidado, que no tienes que esconderte o evitarme; prometo no volver a tocar el tema y dar vuelta la página.

Además, te busqué toda la mañana, desde muy temprano, para disculparme contigo. Estuve mal. La culpa fue mía. Fui un desubicado y me arrepiento profundamente de la osadía de pretender besarte. Bueno, en realidad, no me arrepiento, pero entiendo que te rehusaras, que no compartieras mis ansias o no sintieras lo mismo que yo. Supongo que me dejé llevar por el ambiente, engalanado por tu radiante belleza, pero aprendí la lección y juro que no pasará de nuevo, no me dejaré convencer por mi tonto corazón nunca más, lo prometo.

Vamos, no soy bueno en esto, estoy fuera de práctica, solo dime que está todo bien entre nosotros así podré conservar la poca dignidad que me queda, apiádate de mí, por favor, te lo ruego, de rodillas, por lo que más quieras, ya abre esta puerta y déjame saber que aún podemos ser amigos.

—¿Santiago, te encuentras bien? —preguntó Blanca con el ceño fruncido, mientras llevaba una pila de toallas limpias sobre un carrito.

—Sí, solo estoy apelando a mi poder de convencimiento —se excusó.

—¿Hace cuánto que estás aquí parado, hablándole a una puerta?

—Dicho así me haces ver como un loco —sonrió—; en realidad estoy hablándole a Akina a través de la puerta, ya que se niega a abrirla para que podamos conversar.

—Y será muy difícil que lo haga.

—¿A qué te refieres?

—Akina salió temprano esta mañana y aún no regresó —respondió.

—¿Disculpa? Eso es imposible, le pregunté a todas las personas de este hostel y ninguno la vio bajar a desayunar.

—Si me hubieras preguntado a mí, te hubieses ahorrado tantas molestias.

—¿Y dónde está?

—Fue a pasear a Jazmín —replicó—, dijo que necesitaba despejar su mente.

—Ya veo —sonrió avergonzado.

—Pero descuida, no le diremos nada de este coloquio tuyo.

—Te lo agradecería infinitamente.

—De hecho, lo mejor sería que quedase aquí, entre nosotros.

—No podría estar más de acuerdo.

Poco antes del mediodía, recién llegada de su aventura al aire libre, Akina no tardó en notar que todos los huéspedes la veían de una manera extraña, como si quisieran decirle algo, como si ocultaran una noticia urgente. Sonrisas, guiños de ojos, pulgares hacia arriba, todos gestos que escapaban por completo a su comprensión y no hacían otra cosa que alterar su personalidad siempre nerviosa.

—¿Me perdí de algo?

—¿Por qué lo dices? —inquirió Eduardo mientras terminaba de lustrar el escritorio en la recepción.

—No lo sé, tengo la impresión de que todo el mundo me mira de un modo extraño. ¿Acaso tengo algo en la cara o en el pelo?

—No te preocupes Akina, no tienes nada malo —replicó Agostina mientras le alcanzaba un café bien cargado.

—¿Entonces por qué me sonríen?

—Digamos que fuiste la protagonista involuntaria de una escena digna de Shakespeare.

—¡Agostina! —la regañó Eduardo—. ¿Qué dijimos sobre ventilar asuntos que no son de nuestra incumbencia?

—Bueno, a ver —dijo comenzando a molestarse—, ¿alguno de los dos puede decirme qué está sucediendo?

—Nada, solo ignora las miradas y listo.

—Me enteraré tarde o temprano, así que les suplico no se callen ahora.

—Santiago estuvo buscándote toda la mañana —confesó Agostina ante la mirada resignada de su jefe.

—¿Disculpa?

—Le preguntó a todo el mundo si te habían visto y luego, en un acto desatado de romanticismo, fue hasta tu habitación y permaneció largo rato hablándole a la puerta.

—¿Cómo dices?

—Creyó que estabas allí, escondiéndote de él.

—¿Y por qué haría algo como eso?

—No lo sé —contestó encogiéndose de hombros—, pensamos que tal vez había pasado algo entre ustedes anoche.

—De hecho, nos quedó un asunto pendiente —reconoció sonrosada, ensayando una sonrisa tibia.

—¿Entonces...

—¡Agostina! —volvió a reprenderla Eduardo—, ya está bien de entrometerse en la vida ajena.

—No hay cuidado —sonrió Akina acariciándole el hombro de modo amistoso—. ¿Y tienen alguna idea de dónde está Santiago en este momento?

—Lo vi hace rato yendo al establo, de seguro anda por ahí con su perro.

—Gracias.

Sin perder el tiempo, apurada por entablar una conversación que serviría para no extender una incomodidad innecesaria, Akina se acercó a las inmediaciones del establo para rescatar a un hombre cuya moral necesitaba imperiosamente numerosos remiendos.

—Me alegra ver que educas a ese perro pervertido.

—Bartolo es todo un caballero, jamás caería tan bajo —replicó mientras lo acariciaba, con una sonrisa tibia en los labios.

—Me dijeron que estuviste buscándome toda la mañana.

—Sí —suspiró—, eso fue algo lamentable.

—Según parece brindaste un gran espectáculo.

—Por favor, ni lo menciones, aún puedo ver a mi dignidad deslizarse por el tobogán de la vergüenza.

—Me hubiera gustado estar en esa habitación y escuchar lo que decías —confesó mientras se arrodillaba junto a él para acariciar a Bartolo.

—Solo pretendía disculparme contigo por mi osadía —se excusó—. Odiaría que ese beso truncado, fuese una piedra en el zapato de nuestra relación.

—¿Sabes? Me costó horrores conciliar el sueño anoche. Estos últimos días parecieron una eternidad. ¡Me pasó de todo! Entre el micro varado, el deseo de estar en casa con mi hija, la soledad entreverada con un cúmulo de extraños que me abrigaron y me hacen sentir como en casa y, por si le faltara algo a esta odisea, un hombre que me saca de quicio y no termino de entender si lo odio o lo quiero, si lo prefiero lejos o cerca, si lo necesito para distraerme o paliar mis heridas.

—Sí, supongo que ninguno de los dos imaginaba esto hace dos días.

—Por eso no quiero usar este hotel en medio de la montaña como un paréntesis en mi vida —alegó—, no estoy aquí para una aventura, sino como una parada obligada para llegar a donde quiero estar.

—¿Eso significa que no tiene caso que lo intente? —indagó resignado.

—Ayer, sin quererlo, hiciste algo que me devolvió cierto vigor, cierta confianza.

—¿De verdad?

—Por primera vez en mucho tiempo me sentí atractiva, que todavía era capaz de sacudir los ratones en la mente de un hombre.

—¿Hablas en serio? Eres escandalosamente bonita y me resisto a creer que no te lo dijeran todos los días.

—Pues créelo —sonrió—. Tal vez porque soy mamá o porque soy muy estricta y exigente en el trabajo, no lo sé.

—Tienes una personalidad fuerte y avasallante —asintió—, tal vez eso amilanó a más de uno.

—Pero no a ti...

—Qué puedo decirte, me gustan los desafíos.

—¿Entonces ya lo habías hecho antes?

—¿Intentar besar a una hermosa mujer?

—No darte por vencido.

—Temo que Bartolo se enamoró de Jazmín y yo no puedo simplemente matar sus sentimientos —retrucó escapando por la tangente.

—¿Disculpa?

—Él la seguirá a donde quiera que vaya, sea que tenga mi permiso o no.

—Parece que Bartolo es muy cabeza dura.

—Obstinado como el dueño.

Después del almuerzo, refugiado en la biblioteca que había adoptado como guarida, Santiago recibió la visita de Eduardo que lejos de hacerle compañía o cerciorarse si todo estaba en orden, había arribado en franca misión de celestino, decidido a que el amor que se respiraba en el ambiente, no se esfumara a causa del temor a arriesgarse.

—Entonces... ¿dejarás las cosas como están?

—¿A qué te refieres? —preguntó deteniendo súbito la lectura.

—A Akina, claro.

—Fue franca conmigo, no quiere ninguna relación —sentenció.

—¿De verdad lo crees?

—Ni siquiera estaría aquí si no fuera por el clima.

—Las mejores historias de amor nacen de una casualidad o hecho fortuito.

—Tal vez en las novelas, pero no en la vida real.

—Veo que ya tomaste tu decisión; una pena.

—¿Por qué te importa tanto? —indagó frunciendo el ceño.

—Puedo verlo en tus ojos cuando la miras.

—No comprendo.

—El amor.

—Sí, no negaré que ella me gusta, que me atrajo desde el primer momento que la vi y me fue enredando conforme pasaban las horas, pero eso no cambia nada, no puedo obligarla a sentir lo que no siente.

—¿No se te ocurrió pensar que está asustada?, ¿Qué sufrió mucho en el pasado y tiene pánico de volver a intentarlo?

—A decir verdad —carraspeó—, sé poco y nada de su vida...

—Confía en la palabra de un viejo; esta historia aún no termina.

—Ni siquiera sé lo que estoy haciendo —sonrió—, más lo pienso, más me convengo de que todo es una locura.

—Tranquilo, no eres tú el que camina por arenas movedizas.

—No comprendo.

—Es tu corazón el que te empuja.

Como un plan bien urdido, tendiente a unir a dos almas solitarias que vagaban en pena por los senderos pedregosos de la vida, Blanca fue al encuentro de Akina, resuelta a martillar en su mente y no permitir que el

miedo sea motivo suficiente para encarcelar, bajo siete llaves, en una celda oscura, un sentimiento verdadero e indisimulable.

—¿Encontraste a Santiago?

—Sí —asintió con un gesto de su cabeza—, estaba cerca del establo, como dijo Eduardo.

—¿Y ya aclararon las cosas?

—Eso creo.

—Tal vez pienses que soy una vieja entrometida, pero desde el primer día pude ver que había algo especial entre ustedes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó frunciendo el ceño.

—¿Te acuerdas de la discusión que tuvieron ni bien llegó?

—Casi me disloca un hombro —recordó.

—Sin embargo tu concepción de él fue cambiando.

—Aún creo que es exasperante y que tiene el don de sacarme de quicio, pero admito que aprendí a ver su lado positivo también.

—¿Entonces? —inquirió ensayando una sonrisa de oreja a oreja.

—Entonces nada —sentenció—. Tuve una pésima experiencia con el padre de mi hija, y no quiero volver a pasar por lo mismo.

—¿Hace cuánto ocurrió eso? No deberías cerrar las puertas de tu corazón, mereces ser feliz, date la oportunidad.

—¿Quién dice que no soy feliz?

—Tú.

—De acuerdo —suspiró—, a veces me gustaría compartir la vida con otra persona, caminar, reírnos, llorar, apoyarnos; pero no es algo indispensable, al menos no por el momento.

—¿Y cuándo será el momento? —presionó.

—Cuando llegue la persona indicada.

—¿Y qué tal si ya llegó?

—¿Y si no es él? —preguntó temblorosa, dubitativa.

—Bueno, supongo que tendrás que averiguarlo por ti misma.

—¿Cómo?

—Dándole la oportunidad de conocerte, de tocar tus fibras más íntimas; solo déjalo entrar.

—¿Y si me lastima?

—¿Y si te ama con locura? —retrucó.

—Maldigo la hora en que ese micro detuvo su marcha.

—No desesperes, después de todo, tal vez fue una bendición.

UN TROPEZÓN SÍ ES CAÍDA

Al día siguiente, cuando todavía el sol no brillaba en el horizonte, la dueña del hostel despertó bien temprano a todos los huéspedes, sorprendiéndolos con el reto de una aventura, una excursión fuera del menú que prometía quedar en los anales de la historia.

Con las ojeras por el suelo, sin comprender bien de qué se trataba, todos y cada uno de los inquilinos del Palacio Martinoli bajaron al comedor para degustar un desayuno liviano y luego quedaron prestos a emprender el viaje. Abrigados hasta la médula, ansiosos de disfrutar un día al aire libre, se subieron en parejas a las moto nieves y aceleraron en dirección oeste, rumbo a las ruinas del castillo Xendarny o, como lo conocían los lugareños, la Fortaleza Nevada. Tal como su nombre lo indicaba, se trataba ni más ni menos que de un antiguo palacio medieval, perteneciente a una de las familias más prósperas de la época, que permanecía como testimonio de piedra de un esplendor que solo podía imaginarse.

Si bien el trayecto era bastante directo, no estaba exento de dificultad. El castillo se hallaba en la cúspide de una montaña, por lo que debían tener paciencia y extremo cuidado al escalar la pendiente.

Una vez sorteado el periplo, con la adrenalina todavía recorriéndoles el cuerpo, no pudieron menos que maravillarse con la estructura milenaria que se alzaba frente a sus ojos, así como elucubrar todo tipo de historias que hubieran acontecido entre sus muros derruidos. Sin embargo, mientras la gran mayoría se hallaba inmersa en un embeleso indescriptible, impotentes ante la majestuosidad reinante, mixtura perfecta entre naturaleza y cultura, otros se perdieron en la desazón de una traición sin precedentes, un puñal injustificable.

—No sabes cuánta alegría me da verte —dijo Akira mientras se fundía en un abrazo con un hombre fornido.

—A mí igual —replicó Nelson con sobrada alegría—, jamás pensé encontrarte en este sitio recóndito.

—No creerás lo que me pasó.

—Seguro hay una gran historia.

—La hay —asintió.

—Y dime, ¿estás aquí sola o bien acompañada? —preguntó guiñándole un ojo.

—Bueno, ya ves, soy parte de una excursión numerosa.

—Vamos, sabes a lo que me refiero.

—Sigo soltera y sin apuro; ¿y qué me dices de ti?

—Me casé con Cathy.

—No hablas en serio —replicó llevándose las manos a su pecho—; jamás pensé que esa santa sucumbiera a tus encantos.

—¿Acaso insinúas que era un caso perdido?

—Eras un completo mujeriego.

—¿Lo era, cierto? —inquirió entre carcajadas—. Pero ella me cambió, sí que lo hizo.

—¿Y dónde está?

—Se quedó en el hotel; está de cinco meses y no era recomendable aventurarse hasta aquí.

—¿Hablas en serio?, ¿están esperando un hijo?

—Estoy aterrado.

—Serás un gran papá, no tengo ninguna duda.

Entretanto, oculto tras el esqueleto de lo que supo ser una antigua torre de vigilancia, Santiago veía perplejo a la mujer de su vida alejarse en compañía de un hombre ajeno a la delegación, sin poder desprenderse de un vendaval de teorías non-santas que copaban su mente aturdida.

Devastado, enfurecido, azorado, Santiago comenzó a reprocharse sus sentimientos, preguntándose cómo pudo ser tan tonto y dejarse llevar por los encantos de una mujer inalcanzable que solo se había divertido con él, que lo confundió hasta tenerlo rendido a sus pies, para luego ignorarlo como si no existiera, como si no estuviera. Así las cosas, enceguecido de celos, impotente, revoleando todo tipo de improperios, acompañados por una danza de ademanes al aire, no advirtió que se había acercado demasiado a la orilla y antes de que pudiera darse cuenta del peligro que lo asechaba, estaba deslizándose montaña abajo, cual tobogán, de cabeza, sin nadie que pudiera hacer nada para evitar una caída tan ampulosa como épica que no se detendría hasta llegar al fondo

—¿Dónde estoy? —preguntó abriendo los ojos, adolorido en todos y cada uno de sus huesos.

—Ya era hora de que despertaras, nos tenías a todos muy preocupados.

—¿Quién es usted?, ¿qué estoy haciendo en este lugar?

—¿Acaso no recuerdas nada de lo que aconteció? —indagó mientras escurría un pañuelo de tela sobre un pequeño balde—. Los bomberos que barrían la nieve te encontraron desmayado a la vera del arroyo Aradus.

—En realidad, yo...

—Tuviste mucha suerte —interrumpió—, no cualquiera sale ileso de una caída como la que sufriste; y menos a tu edad.

—No soy tan grande —se apuró—. Además, ¿cómo sabe que me caí?

—Por las huellas en la nieve —contestó deprisa—, y también por las heridas que presentabas. O bien rodaste sin escalas hacia abajo o te sorprendió una estampida de búfalos; pero nos inclinamos por la primera opción —bromeó.

—Sí, aunque no deja de ser vergonzoso admitirlo en voz alta —sonrió soportando un inenarrable dolor de sus costillas fisuradas.

—Descuida, ya lo sabe medio pueblo.

—No esperaba menos.

—¿Tienes nombre señor trapealista? No hallamos identificaciones entre tu ropa, por eso no pudimos avisarle a ningún familiar lo que te sucedió.

—Estoy quedándome en El Palacio de los Martinoli.

—Entonces voy a avisarle a Blanca que estás bien, de seguro está preocupada.

—No lo creo —objetó acongojado—, dudo mucho que alguien se hubiera percatado de mi ausencia.

—Tonterías, Blanca y Eduardo están muy encima de sus huéspedes, son excelentes anfitriones.

—Por favor, míentale un poco sobre mi accidente.

—Pero medio pueblo ya lo sabe —le recordó—; el rumor no tardará en llegar a todas las casas.

—Diga que caí salvando a un animal que estaba a punto de ser devorado por una jauría de lobos hambrientos.

—No hay lobos en estas tierras.

—¿Qué me dice de hienas envilecidas?

—Ahora que lo dices, ¿cómo fue que caíste de la montaña? —indagó con sincera curiosidad, mientras colocaba el pañuelo escurrido en la frente de Santiago.

—Por estúpido.

—¿Acaso tropezaste?

—Estaba enojado, enceguecido por una escena que me tomó por sorpresa, una puñalada arterial que no vi venir, y simplemente no me di cuenta de lo cerca que estaba de la cornisa.

—Llamaré a Blanca y luego te serviré un caldo, debes alimentarte.

—Es muy amable señora; de verdad agradezco su atención desinteresada.

—¿Quién dijo que no voy a cobrarte?

—Claro, por supuesto —carraspeó—, en cuanto regrese a la posada le abonaré su...

—¡Ya cállate! —vociferó—. ¿Quién habló de dinero?

—Entonces...

—Quiero saber todo de esa mujer.

—¿Cuál mujer?

—La que provocó que te cayeras.

—¿Por qué dices que fue una mujer?

—¿Qué otra cosa podría hacerte perder la cabeza, al punto de no advertir que estabas al borde del abismo? —retrucó guiñándole un ojo.

—Supongo que es muy obvio.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo.

—Gracias.

—Después de que me lo cuentes todo, con lujo de detalles, sin dejar nada librado al azar.

—No tiene caso, ella no quiere saber nada conmigo —replicó resignado.

—Tal vez yo pueda ayudarte.

—¿Acaso tiene el don para cambiar el corazón de la gente?

—No, pero quizá pueda darte uno o dos consejos infalibles.

Habían pasado unas largas 12 horas tras el infortunado accidente y la incertidumbre crecía al calor de la angustia. Todos en el hostel de los Martinoli estaban que se los llevaba el diablo y no podían soportar un segundo más sin tener novedades. Por suerte para ellos, para su tranquilidad, la buena nueva estaba a la vuelta de la esquina y solo era cuestión de tiempo para cercenar la tristeza.

—¡Alfonso! —exclamó blanca tras abrir la puerta—, por favor dime que hay buenas noticias.

—De hecho las hay —asintió—, según parece hallamos a tu huésped perdido.

—¿Y dónde está?, ¿cómo se encuentra?, ¿por qué desapareció igual que un destello en el cielo?

—Vamos por partes —sonrió mientras le palmeaba el hombro para tranquilizar su ansiedad—. Según parece, cayó de la montaña, sin escalas hasta el arroyo Aradus.

—¿Qué dices? —preguntó petrificada, con los ojos a punto de abandonar sus cuencas.

—Dice que estaba distraído, que no se dio cuenta que se hallaba a centímetros de la cornisa y...

—¿A qué hospital lo trasladaron? —interrumpió—, busco mi cartera y salgo inmediatamente para allá.

—Eso no será necesario. Fue un accidente con suerte, no sufrió más que unas cuantas costillas fisuradas, raspones, contusiones leves y una profunda herida en su orgullo.

—¿Pero dónde está? ¡Quiero verlo!

—La señora Sara está cuidando de él, permanecerá en su casa esta noche.

—Gracias al cielo —suspiró aliviada, con las manos sobre su pecho.

—Tal vez pueda decirle que llame por teléfono, para que todos puedan oír su voz.

—Eso sería grandioso —asintió con los ojos repletos de lágrimas—, estábamos muy angustiados por él.

—Bueno, ahora ya pueden relajarse.

—¿Irás a casa de Sara?

—Despreocúpate, haré que ese hombre se comunique contigo apenas lo vea.

—Eres un amor Alfonso.

—Solo cumplo con mi trabajo.

Ni lerda ni perezosa, Blanca corrió a todas y cada una de las habitaciones de su posada con la única intención de hallar a la persona que más estaba sufriendo ese momento, la misma que era experta en ocultar sus sentimientos y callar los gritos desaforados del corazón.

—A ti te estaba buscando —dijo sorprendiendo a Akina por la espalda.

—¿Qué sucede?, ¿hay alguna novedad de Santiago?

—Está sano y salvo —respondió con una sonrisa—. En rigor de verdad está más salvo que sano, pero sobrevivirá.

—¿Pero qué fue lo que ocurrió?

—Cayó por la montaña.

—¿Disculpa? —inquirió con el rostro desfigurado, atónita, perpleja.

—Parece que algo lo distrajo y descendió como por un tobogán hasta el arroyo Aradus.

—Tienes que estar bromeando.

—Yo puse la misma cara que tú cuando me enteré pero, por lo visto, solo sufrió lesiones leves, nada que le impida regresar mañana con nosotros.

—¿Mañana?, ¿dónde está ahora?

En ese momento, el sonido inconfundible del teléfono de la posada, reunió a los huéspedes alrededor de Blanca que no tardó en poner la llamada en altavoz para que todos sean testigos de la buena nueva.

—¿Todos me escuchan? —inquirió Santiago.

—Fuerte y claro.

—Sé que más de uno estaba feliz porque creyeron que se habían librado de mi persona, pero debo decirles que tendrán que soportarme un tiempo más.

—Cuéntanos cómo estás, cómo fue que caíste de la montaña.

—¿Ya se enteraron de ese papelón? Deseaba mantener mi integridad al menos un par de horas más.

—¿Pero estás bien?, ¿no tuviste lesiones de gravedad?

—Solo en mi orgullo —retrucó desatando un vendaval de risas—, pero no se preocupen, Sara está mimándome mucho y pronto me dejará volver con ustedes.

—Aquí te esperamos Santiago, recupérate pronto.

—Muchas gracias Blanca, gracias a todos.

No era lo que esperaba escuchar. Estaba ofuscada, ofendida, celosa, envilecida. Se preguntaba cómo había podido ser tan tonta, cómo se permitió preocuparse por un sujeto al que apenas conocía y que, en la primera de cambio, cuando tuvo la oportunidad, se entregó manso a los brazos de otra mujer, como si nada le importara, como si se tratase de un juego.

—Lamento hacerte venir a estas horas, espero no haberte generado problemas con tu esposa —se disculpó Akina ni bien lo saludó.

—Descuida, ella sabe que somos amigos —replicó Nelson frotándose las manos para combatir el frío.

—Necesitaba hablar con alguien, de lo contrario iba a explotar.

—¿Qué sucedió?

—Soy una estúpida, eso sucedió.

—¿Disculpa? —preguntó absorto.

—¿Cómo pude dejarme engatusar por ese crápula? —indagó en forma retórica.

—Si no me dices de quién estamos hablando, será muy difícil para mí ayudarte.

—Solo quiero hacer catarsis.

—De acuerdo, desahógate.

—Pensé que habíamos tenido una conexión, que por fin, después de algunos cortocircuitos, compartíamos la misma sintonía, pero por lo visto estaba muy equivocada.

—¿Tiene nombre el crápula?

—Sí, puedes llamarlo ruin, embustero, mentiroso, ventajero, sinvergüenza...

—Entendí —interrumpió—, ya entendí el concepto.

—Debiste escucharlo cuando dijo que estaba con Sara, que ella lo mimaba y que pronto volvería; ¿por qué mejor no se queda con la tal Sara si lo miman tanto?

—No te veía tan desencajada desde el juicio contra Lerman Brothers.

—¿Disculpa?

—Logró quitarte de tu eje, te desarmó por completo.

—No estás ayudándome —le recriminó.

—Quién quiera que sea ese sujeto, es muy afortunado.

—¿De qué lado estás?

—Siempre del tuyo, por eso me alegra que estés tan enamorada.

—¿Perdona, qué dijiste? —preguntó enfurecida.

—Que estás enamorada.

—¿De ese innombrable?

—Admítelo, estás derritiendo la nieve.

—No sabes lo que dices, es obvio que hablas por hablar.

—Te conozco Akina, a mí no puedes engañarme.

—Créeme, eso se terminó esta noche.

PREMIOS Y CASTIGOS

Con el sol venciendo en una guerra sin tregua a las nubes que buscaban apoderarse del cielo, Santiago regresó a la posada en compañía del comisario Alfonso Borilli, y fue recibido con innumerables muestras de afecto que colmaron su corazón y lo hicieron sentirse parte verdadera de una familia, aunque no fuera la suya.

Blanca, Eduardo, Agostina, Federico, y todos y cada uno de los huéspedes se reunieron en el hall central para darle la bienvenida y compartir la felicidad de una desgracia con suerte que supo tenerlos en vilo y ahora sería una anécdota, una feliz que contar durante años.

No obstante la algarabía generalizada, entre la multitud faltaba alguien, tal vez la única persona que Santiago deseaba con ardor poder encontrar, el motivo de su perdición, la razón de su agonía.

—Qué extraño que Akina no vino a darte la bienvenida —comentó Blanca—, ayer estuvo muy preocupada por tu desaparición.

—No creo que tenga nada de raro su ausencia —objetó Santiago con un dejo de pena en la voz.

—¿Acaso ocurrió algo entre ustedes que ignoro?

—Solo digamos que cayeron todas las caretas.

—¿Disculpa?

—El rey está desnudo y no hay prenda que cubra su vergüenza.

—¿Podrías ser más concreto? No puedo entender tus acertijos.

—No tiene las agallas para mirarme a los ojos —concluyó.

—Bueno, definitivamente me perdí de algo.

—Escucha Blanca —suspiró—, te lo contaré porque fuiste amable conmigo desde el minuto cero y mereces conocer toda la historia.

«Ayer, cuando caí, por vergonzoso que suene, fue por culpa de Akina. No, ella no me empujó, pero fue toda una revelación verla tan emocionada con su novio, a los abrazos, obsequiándose sonrisas y miradas de las que no pueden fingirse.

—¿Akina tiene novio?

—Por favor, no finjas que no la viste con ese sujeto en ese castillo.

—Entonces... ¿intentaste suicidarte? —preguntó pálida como otoño gris.

—¿Disculpa?

—Tú dijiste que fue por su culpa, por estar con ese hombre.

—¡No! —exclamó—. Estaba tan furioso, tan fuera de mí, tan celoso; que perdí por completo la noción del espacio y para cuando quise acordarme, ya estaba rodando montaña abajo.

—Ya veo —susurró censurando una carcajada que se imponía.

—Por eso no bajó a recibirme —insistió—, sabe que la sorprendimos infraganti, que sus burdos engaños quedaron al descubierto, exponiéndola como la mentirosa que es.

—Hagamos de cuenta por un segundo que tienes razón, que tiene una relación con ese hombre, ¿por qué no bajaría a darte la bienvenida? —preguntó inocente—, aún no puede marcharse de esta posada y tendrá que seguir viéndote hasta que el clima les permita abandonar el pueblo.

—Es la vergüenza la que se lo impide; ya no puede seguir jugando conmigo, con mis sentimientos —argumentó—, y debe estar pensando el modo de excusarse.

—No lo sé, no estoy muy segura de esa teoría.

—Lo entiendo —sonrió—, forjaste una amistad con ella y te resistes a verla como la villana de la historia.

—Me resulta difícil creer que su novio estuviera en el pueblo y ella no lo mencionara —retrucó.

—Te lo digo, quería divertirse con algún crédulo que cayera víctima de sus engaños. ¡Pero cómo pude ser tan tonto! —exclamó—. La culpa es mía por dejarme seducir tan fácil —se reprochó—. De seguro ahora está en su habitación riéndose de mí, burlándose de mi accidente, ufanándose del daño que me provocó.

—Creo que estás siendo demasiado severo, no conoces en realidad sus motivos para no presentarse —insistió—. ¿Qué tal si está tan apenada que no quiso mostrar fragilidad? Ella es una mujer muy reservada...

—Veo que harás hasta lo imposible por defenderla —interrumpió—, y estás en todo tu derecho, pero déjame decirte que sé muy bien lo que vi y no cambiaré de opinión.

—¿Qué tal si solo era un amigo?

—¿Entonces por qué no está aquí, como todos los demás?

—Tal vez no se sentía bien.

—O quizá esté hablando por teléfono con su novio —elucubró engegucido—, pactando un nuevo encuentro romántico a la luz de la luna.

—Ya sé, tengo una idea para acabar con todo el melodrama.

—Sí, me marcharé aunque los agentes no me dejen cruzar el pueblo.

—Ve a su habitación, golpéale la puerta, y conversen como personas civilizadas.

—No tenemos nada de qué hablar —sentenció—. Y ahora discúlpame, iré a mi habitación, me daré una ducha y luego me recostaré, no creo que baje a almorzar.

—Santiago...

—Por favor, ya no la defiendas.

—Solo iba a decirte que me da gusto tenerte de vuelta.

—Sí, gracias —sonrió—, es bueno volver.

Entre tanto, recién llegada de su paseo matutino, Akina devolvía su perra al establo, y no pudo evitar ser interrogada por Eduardo que se hallaba alimentando a los caballos y estaba siempre dispuesto a entablar conversación.

—Tu hija amaré a Jazmín, es una hermosura.

—Sí, no veo la hora de llegar a casa y obsequiársela; de seguro serán grandes compañeras de aventuras.

—Y...

—Vamos, suéltalo —lo retó resignada—. Desde que entré puedo sentir que quieres preguntarme algo, pero estás dando rodeos, como si te asustara la respuesta.

—Es solo que no quiero incomodarte.

—Créeme, me incomodan mucho más las evasivas.

—¿Por qué te fuiste del salón cuando oíste que Santiago regresaba? Estoy seguro de que le hubiera encantado verte.

—Lo dudo.

—Pude ver cómo sus ojos te buscaban y cierto grado de decepción y tristeza al cerciorarse de que no estabas —alegó.

—Seguro encontró consuelo en otros brazos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó frunciendo el ceño.

—No lo sé, tal vez debería quedarse en la casa de la tal Sara y que ella cuide de él.

—¿Quién es Sara?

—¡Ay, por favor! —exclamó—. Ambos estuvimos allí anoche, cuando el muy caradura llamó por teléfono para decir que estaba en buenas manos, que Sara lo mimaba igual que a un niño.

—Y crees que Santiago y Sara...

—¿Qué otra cosa podría ser? Por lo visto, el muy desvergonzado no pierde el tiempo.

—No lo sé, creo que te apuras en tu juicio, tal vez solo se trata de una buena samaritana que le brindó los primeros auxilios.

—Claro, y yo soy la novia del Pato Donald.

—¿Qué?

—Ni siquiera creo toda esa historieta de la montaña —reviró.

—¿Piensas que mintió?, ¿con qué objeto?

—¿Quieres una lista? Para pasar la noche con esa mujer sin ser cuestionado, para dar lástima y que todos lo atiendan, para que lo sirvan como a un rey.

—Me cuesta creer que sea capaz de inventar algo así.

—¿De verdad piensas que cayó por una montaña y solo se hizo algunos rasguños? —inquirió incrédula, con los brazos en jarra sobre su cintura—. Está a la vista que se escabulló cuando nadie lo veía y se fugó con la tal Sara para tener su jornada romántica.

—Entonces te gusta.

—¿Disculpa?

—Se nota que la historia de ustedes recién está promediando.

—Bueno, déjame decirte que no hay más capítulos —sentenció—, para mí es un libro terminado.

—¿Por qué no hablas con él?

—No gracias, no quiero que continúe burlándose de mí.

—Insisto en que deberías encararlo y pedirle explicaciones.

—¿Por qué lo haría? Nosotros no tenemos una relación, no tiene que rendirme cuentas, ni yo a él.

—¿Entonces por qué te enfadas?

—Me molesta la mentira, el engaño, la farsa, la puesta en escena. Intentó divertirse conmigo mientras estaba aquí varado, fingiendo ser un buen

sujeto, pero en la primera de cambio se buscó otro juguete —reflexionó engehecida por la rabia.

—Lláname loco, pero aún creo que Santiago está enamorado de ti.

—Sí, tan enamorado que no lleva ni dos días aquí y ya se enredó con una pueblerina.

—Hazme caso, habla con él.

—¿Para decirle qué? Además, en uno o dos días el micro podrá continuar su camino y ya no volveré a verlo. Con el correr del tiempo, cuando mire hacia atrás y piense en este horripilante viaje, recordaré a las personas buenas que conocí, como tú y la señora Blanca, y borraré de mi mente a los indeseables.

—Estás bajo emoción violenta, no piensas con claridad.

—¿Por qué te empeñas en ponerte de su lado? —preguntó resignada.

—Créeme Akina, hay un solo lado para mí.

—Pero criticas todas y cada una de mis decisiones —le recriminó.

—Porque estás auto-boicoteándote y no puedo permitir que lo hagas.

—Conozco a Santiago hace dos días, no sé nada acerca de él, ¿por qué insistes en pensar que estoy enamorada?

—Llevamos casi media hora hablando de él.

—No, solo estamos describiéndolo como el sinvergüenza que es.

—En tu lugar, aprovecharía el tiempo que estés en el pueblo para despejar las dudas.

—No tengo ninguna.

—¿En serio quieres pasar el resto de tu vida pensando en lo que pudo haber sido? —preguntó con malicia.

—Estás exagerando, hablas de Santiago como si fuera el amor de mi vida.

—¿Y qué tal si lo es?

—¿Y qué pasa si no?

—¡A eso me refiero! —exclamó—. Debes aprovechar tu estadía para comprobarlo.

—¿E interponerme entre él y su amada Sara? Jamás me rebajaré de esa manera, ni actuaré un papel tan lamentable.

—Eres muy obstinada, ¿te lo habían dicho?

Sin avances significativos ni probabilidades de un encuentro a corto plazo, a Blanca se le ocurrió una nueva treta para unir a los obstinados más

grandes que había conocido. Con la complicidad de su esposo y de todos los huéspedes del hostel, pergeñó un juego por demás improvisado que vendió como una tradición familiar, de la que nadie podía escapar, de la que todos debían formar parte.

—Gracias a todos por estar reunidos aquí, en esta noche especial, y ser parte de la caza del tesoro anual de la familia Maritnoli. Para los que no saben de qué se trata, les diré que todos los 22 de diciembre, mi marido y yo, escondemos algún elemento dentro de los límites de nuestra propiedad y luego los huéspedes, organizados en parejas, inician una búsqueda incansable de la esmeralda perdida, en pos de ser los ganadores.

«Por supuesto, algunos son reticentes a los juegos, otros lo ven como algo infantil o pérdida de tiempo, pero déjenme decirles que la pareja que logre encontrarlo, se hará acreedora de un bello regalo navideño por parte de este hostel. Además, no solo se trata de un momento de recreación sino, más bien, del trabajo mancomunado en pos de alcanzar un objetivo. Así que por favor, les solicitaré que busquen a su compañero y se preparen para una gran aventura.

Como era de esperarse, las parejas se formaron en un santiamén pero Akina y Santiago, que se negaban incluso a cruzar mirada, permanecían cruzados de brazos, en esquinas opuestas, a la espera de no participar o, de ser posible, hacerlo solos con su soledad. Sin embargo, ante la negativa de los anfitriones y las ansias desmesuradas del resto por empezar, Akina guardó su orgullo por un instante y se acercó al hombre que más odiaba en el universo, solo para complacer a los huéspedes impacientes.

—Escúchame, te lo diré sin rodeos, solo acepto formar equipo contigo para no herir los sentimientos de Blanca, pero preferiría que no me hablaras.

—Ahora escúchame tú a mí —retrucó—, nunca estuve tan de acuerdo contigo.

—Entonces tenemos un trato, nada de trabajar en equipo, sino cada uno por su cuenta.

—Claro, pero al menos ten la decencia de avisarme si lo encuentras primero; ya que eres especialista en esconder cosas.

—No sé a qué viene ese comentario, pero también quisiera que tuvieras la decencia de avisarme si lo encuentras primero; puesto que eres un mentiroso profesional —retrucó.

—¿Mentiroso yo? Al menos no ando por la vida clavándole puñaladas por la espalda a la gente.

—No, tú solo las manipulas para luego desecharlas como basura.

—¿Hay algo que quieras decirme?

—¿Y tú a mí?

—Lamento molestarlos, pero la búsqueda ya comenzó —intervino Eduardo, interrumpiendo una acalorada discusión.

—Sí, solo estábamos debatiendo nuestra estrategia.

—La única estrategia válida en este juego es salir a divertirse, compartir un momento con tu pareja.

—¡Nosotros no somos pareja! —respondieron al unísono.

—Me refería a parejas de exploradores.

—Claro, por supuesto.

—¿Y qué esperan? ¡Vamos, muévanse!

Al cabo de un par de horas, luego de revisar cada rincón de la posada y hurgar en todos los recovecos de la propiedad, Ignacio y Macarena encontraron el tesoro perdido y se colgaron las medallas de campeones, mientras el resto debió conformarse con haber disfrutado de un momento distendido y haber vuelto, más no sea por un rato, a sentirse niños otra vez.

—Me alegra muchísimo anunciarles a todos que Ignacio y Macarena son los ganadores del juego y se hacen acreedores de un bello regalo navideño que revelaremos en pocos días —anunció Blanca—. Sin embargo, no todas son buenas noticias o motivos para festejar. Temo que una de las parejas rompió las reglas, quebrantando el espíritu festivo de la competencia, y por eso me veo obligada a imponerles un castigo.

«Estuve conversándolo con mi esposo, y luego de mucho debatir, alcanzamos un acuerdo. Por su tramposa performance y poca predisposición a divertirse, decretamos que Akina y Santiago deberán preparar una apetitosa y succulenta cena para todos los huéspedes del Palacio Martonoli.

—¿Perdón? —preguntó Akina con los ojos desorbitados, petrificada.

—Federico aceptó cederles su espacio en la cocina, y tienen completa libertad para escoger el menú que consideren más adecuado.

—¿Es alguna clase de broma?

—Como no trabajaron como equipo durante la búsqueda del tesoro, tendrán que hacerlo para servir una cena deliciosa a las 21hs —concluyó.

—Estoy seguro de que hay otras maneras de solucionarlo.

—Temo que no hay espacio para las apelaciones, la sentencia fue definitiva.

—Pero es ridículo —se quejó.

—No tanto como negarse a formar equipo para un simpático e inofensivo juego navideño.

—Tengo una idea; puedo cocinar yo la cena, y mañana él se ocupa del almuerzo —pretendió en vano negociar un acuerdo.

—Ambos deben preparar el plato de esta noche, no discutan y pónganse manos a la obra.

—¿Hay algún modo de sobornarte?

—Sí, me encantan los pasteles de chocolate.

—¿Disculpa?

—No me molestaría que agreguen un postre al menú.

—Tienes que estar bromeando.

—Créanme, nunca hablé tan en serio en toda mi vida.

CAÍDO DEL CIELO

—Escucha, es evidente que no sabemos trabajar en equipo y que ambos preferimos estar lejos del otro, por eso te propongo una solución para surfear esta suerte de castigo infantil: déjame cocinar a mí, prepararé algo sabroso en poco tiempo, y tú ve al gran salón a beber una copa, a relajarte —la invitó amablemente.

—Claro, para que luego puedas decirle a Blanca y a todo el mundo en este hostel que no quise ayudarte, que desaparecí de la cocina y escapé a entregarme a los brazos de los placeres mundanos de la vida. Es más, no me extrañaría que te pasearas por todos los rincones acusándome de ebria o quién sabe...

—¿Por qué siempre tienes que discutirlo todo? —le recriminó.

—¡Perdón! Me olvidé que el señorito está acostumbrado a que lo mimen.

—¿Disculpa? —preguntó frunciendo el ceño.

—Será mejor que te hagas a un lado, te sientes donde no estorbes, y me dejes a mí ocuparme de todo.

—¿Cuándo fue la última vez que cocinaste?

—¿Crees que no soy capaz de hacer un plato a la altura de las expectativas? —retrucó cruzándose de brazos, en franca pose altanera.

—A decir verdad, y sin ánimos de ofenderte, me sorprendería que supieras encender una hornalla.

—¿Perdón?, ¿crees que soy una mujer consentida?

—Solo pensé que por tu trabajo extenuante, pedías delivery de lunes a lunes —chicaneó.

—Escucha, ya perdimos demasiado tiempo discutiendo y el reloj avanza, solo cierra tu ofensiva boca y pongamos manos a la obra —sugirió en forma de orden.

—Por supuesto, recordé que no puedes vivir sin tener la última palabra.

—¿Sabes una cosa? Tienes razón, no podemos trabajar juntos, mejor ve al establo y hazle compañía a tu perro Bernardo, estoy harta de verlo merodear a la inocente Jazmín.

—En primer lugar, el perro se llamaba Bartolo, no Bernardo.

—Es igual, ambos son nombres de perversos.

—Y, en según término, pero no menos importante, creo que deberías ir con el sujeto que te vendió a tu adorada perra y solicitarle que te devuelva el dinero; te estafó.

—¿Qué quieres decir? —inquirió sobresaltada.

—Buscabas una mascota para tu hija, pero te vendieron una perra depravada, lasciva, que no hace otra cosa que agitar las hormonas del pobre Bartolo.

—¿Insinúas que ella lo busca?

—Está más que claro, conozco a Bartolo desde que salió del vientre de su madre, y pongo las manos en el fuego por su inocencia.

—Hay un centro del quemado aquí cerca, tenlo presente, podrías necesitar atención muy pronto.

—Tengo una idea, ¿por qué no le pides a tu novio que le enseñe modales a Jazmín?

—¿Cuál novio? —inquirió confundida—, no tengo ningún novio.

—Mira, no sé por qué estás engañando a todos en esta posada, pero los disfraces ya cayeron y estás desnuda.

—¿Disculpa?

—El sujeto calvo con aires de Alain Delon que te abrazaba en la montaña; no creas que no te vi.

—¿Te refieres a Nelson?

—Bueno, al menos tienes la decencia de no ocultarlo...

—Eres un idiota.

—Claro, como te descubrí engañándonos a todos, ahora recurras al insulto, típico de quien se queda sin argumentos.

—¿Engañando a quién? —preguntó abriendo los brazos de par en par—. Nelson es un amigo, fue mi aprendiz en mi antiguo trabajo y lo encontré en la montaña por casualidad; de hecho está aquí de viaje con su esposa embarazada.

—Mientes —farfulló.

—¿Por qué lo haría?

—Entonces tú y él no...

—Algunas personas no tenemos la costumbre de atacar por la espalda a quienes fueron buenos con nosotros —interrumpió sagaz.

—No te entiendo...

—Claro que sí, pero prefieres hacerte el distraído porque te avergüenzas de la doble vara con la que mides a las personas —le recriminó sin disimular el enfado que le enervaba la sangre.

—Jamás te mentí.

—Me acusaste de tener un amorío, cuando en realidad eres tú el que encontró el amor en estas montañas.

—Bueno, eso no voy a negarlo...

—Claro, de seguro la tal Sara está esperándote a los pies de una estufa caliente, contando los minutos para mimarte de nuevo.

—¿Disculpa?

—Ni siquiera te gastes en negarlo, yo sé bien lo que escuché.

—¿Sara?, ¿dijiste Sara?

—¿Qué pasa, tienes amnesia?, ¿acaso ya olvidaste sus tibios cuidados?

—Escucha, me han acusado de mujeriego durante muchos años, pero te aseguro que las señoras de setenta y pico, no son lo que busco en este momento —respondió presa de un ataque de risa.

—¿Qué?

—Sara es una anciana, una cálida y extraordinaria mujer, pero juro por el perro Bartolo y tu promiscua Jazmín, que no es mi tipo —sonrió.

—Entonces tú y ella no...

—Esto es muy vergonzoso para ambos —interrumpió masajeando sus costillas adoloridas.

—Demasiado.

—¿Qué dices si cocinamos algo rico para esos huéspedes hambrientos y luego nos sentamos a cenar tú y yo, a solas, sin nadie que interfiera entre nosotros?

—Es la primera vez que dices algo coherente.

—¿Segura que fue la primera? Creo que otras veces ya había...

—¡Cállate! —interrumpió llevando su índice hasta los labios de Santiago—. Solo apurémonos a cumplir con nuestro castigo, así podremos conversar largo y tendido.

—¿De verdad te gusta darme órdenes, cierto?

—Solo porque te encanta que lo haga —replicó entre risas.

Al límite del plazo, justo cuando el reloj marcaba las 21 horas, los improvisados cocineros tenían listo un delicioso lomo al strogonoff que no

pudo menos que maravillarse a los comensales hasta dejarlos perplejos, descreídos de lo que contemplaban sus ojos.

—¿A dónde van? —preguntó Blanca—. El castigo ya terminó, pueden sentarse a la mesa con nosotros, como una gran familia.

—Lo agradecemos, pero tendremos que rechazar la invitación.

—No me digan que continúan enojados el uno con el otro.

—De hecho, decidimos que tendremos una cena íntima para limar asperezas.

—¿De verdad? —inquirió esbozando una sonrisa.

—Si nos disculpas, nos retiramos al salón de invierno.

—Por supuesto, la posada es suya.

—Mañana nos vemos.

—Que pasen una excelente noche.

Dicho y hecho. Luego de poner el mantel y los cubiertos, se sentaron uno enfrente del otro a la espera de tener esa postergada conversación que los acercara pero, por sobre todas las cosas, despejara todas las dudas y suspicacias que existían cada vez que se miraban a la cara.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Santiago elevando su copa.

—Por nosotros, por esta odisea que pronto llegará a su fin.

—Por este momento de encuentro, por el cielo aún atestado de dudas que estamos próximos a disipar.

—Me gusta como sonó eso.

—¿Y quién empieza?

—Yo lo haré, pero te advierto que la mía es una historia difícil y no puedo asegurar que no vaya a quebrarme en el camino.

—Aquí estaré para sostenerte.

—De cuerdo —carraspeó previo a beber un sorbo de vino—. Mi vida está literalmente partida en dos. Todo lo que amo está en Yultán, pero mi sustento habita en Portzuela.

—Recuerdo que venías de allí.

—El estudio para el que trabajo es el más grande de la ciudad, y uno de los más importantes de todo el país —comentó—. Fue difícil para mí aceptar la oferta porque, aunque sabía que era muy importante desde lo laboral y económico, mi hija no podría acompañarme. Trabajo entre 14 y 16 horas diarias y mi vida social se reduce a entrevistas con clientes, celebraciones empresariales y reuniones corporativas.

—Disculpa mi ignorancia, ¿pero no tenías oportunidades en Yultán?

—¿Conoces el estudio Yerfesson, Clide y Marsol?

—Por supuesto, no hay sitio donde no tengan publicidad —asintió.

—Yo era abogada en ese estudio.

—Parece algo genial.

—¡Lo era! —exclamó—. Era muy feliz.

—¿Y qué sucedió?

—Me enamoré.

—Ah, ya veo —suspiró—. Fuiste a Portzuela detrás de un gran amor que terminó no siendo lo que esperabas.

—¿Qué? —sonrió—. Nada más lejos de la realidad. Me enamoré de Mariano Clide, uno de los socios de la firma.

—De acuerdo...

—Y él también se enamoró de mí.

—Todo parece salido de un cuento de hadas; supongo que algo no salió bien.

—Salimos durante cuatro años antes de tener a Sofía.

—¿Tu hija?

—Lo más precioso de mi vida —sonrió.

—¿Ella está con su papá?

—Con mi mamá y mi hermana.

—¿Tu esposo murió?

—Murió en mi corazón —replicó con los ojos inundados de lágrimas—. Solo diré que yo no era la única en su vida.

—Lo lamento.

—El muy maldito me engañaba con su secretaria, me volvió el hazme reír de toda la firma; ¿y sabes qué fue lo peor? Cuando terminamos nuestra relación, cuando al fin tomé valor para ponerle punto final, ¿adivina a quién despidieron? ¡Claro, él era socio! Pero no tuvo ningún reparo en dejar en la calle a la madre de su hija.

—Te escucho y no lo creo.

—No me malentiendas, yo iba a renunciar, no quería estar un segundo más en ese lugar repleto de traidores, pero ni siquiera me dejaron ir a mi oficina a retirar mis cosas —recordó con bronca.

—Ahora entiendo por qué te fuiste tan lejos.

—Podía conseguir empleo en cualquier sitio, pero en Portzuela podía mantener nuestro nivel de vida, además significaba un paso adelante, la posibilidad concreta de progreso.

—Pero el precio a pagar es muy elevado.

—Este año me nombraron socia —sonrió—, pero extraño demasiado a Sofía, llevo meses viéndola por video llamada y el corazón va a estallarme.

—Ahora entiendo por qué estabas tan triste la primera vez que te vi; y también por qué fuiste grosera conmigo.

—¿Disculpa? —preguntó esbozando una sonrisa.

—Yo vivo en Naraprisca; ¿has ido alguna vez?

—Solo de paso, es un sitio bonito.

—Es una ciudad pequeña, ideal para aquellos que huyen despavoridos de su rutina.

—Dijiste que no te llevabas bien con tus hermanos, lo recuerdo.

—Mi padre falleció hace cinco años —añoró con pesadumbre.

—Lamento oír eso.

—Era dueño de una empresa muy importante en el norte, seguro te suena familiar el nombre de Antunezia.

—¿La cadena de restaurantes?

—Me llamo Santiago Antúnez, ¿lo olvidaste?

—¿Bromeas?, ¿tu familia es dueña de esa cadena?

—Mi madre lo es; pero mis hermanos son demasiado ambiciosos, quieren apoderarse del negocio a como dé lugar —confesó mascando bronca—; de hecho, quieren venderlo y convertirlo en un emporio de comidas rápidas. ¿Lo imaginas, un restorán que ganó seis veces el premio Michelin, desmantelado hasta prácticamente desaparecer?

—Sería un crimen.

—No tenemos problemas de dinero, pero a ellos nada los conforma.

—¿Y tu mamá que dice? —indagó con sincera curiosidad.

—Ella solo quiere reunirnos, vernos hacer las paces.

—¿Por eso ibas a casa en Navidad?

—Se suponía sería el reencuentro familiar —asintió poco convencido.

—Aún puedes llegar a tiempo.

—Eso es lo que me preocupa.

—¿Y no hay nadie en tu vida? Quiero decir, ¿no hay una señora Antúnez esperándote en algún lugar?

—Estoy intentando, hace un par de días, de que tú seas esa mujer —disparó sin anestesia.

—¡Vamos! hablo en serio.

—También yo.

—No negaré que eres directo, vas a directo al punto.

—Sé que tienes otras prioridades, que ni siquiera deberíamos estar aquí, pero por algo suceden las cosas, ¿no lo crees?

—Santi...

—Al menos piénsalo —interrumpió lo que intuía una respuesta lapidaria.

—Sería una locura; ni siquiera vivimos en la misma ciudad, mis horarios son demenciales; no quiero tener más relaciones por video llamada, no es así como quiero vivir mi vida.

—Me mudaré a esa ciudad espantosa, repleta de edificios, en la que vives; estaré a solo un te extraño de distancia.

—¿No crees que te apresuras un poco? —preguntó mirándolo fijo a los ojos—, apenas estamos conociéndonos.

—Sé que eres tú, lo supe desde el momento en que me chocaste en la escalera.

—¿Qué yo te choqué?

—Los detalles no importan.

—Te propongo algo...

—Haré lo que sea.

—Ya que te perdiste la excursión al castillo, por tu inoportuna ocurrencia de deslizarte montaña abajo, ¿qué te parece si mañana vamos juntos, solo tú y yo, y te doy un tour privado?

—Es lo primero coherente que te escucho decir desde que llegamos —chicaneó.

—No robes mis frases.

—Debía vengarme, lo siento.

—¿Y sabes qué? podemos llevar a nuestros perros, les va a venir bien caminar un poco.

—Pero vigila bien a Jazmín, no quiero que pase el día provocando a Bartolo.

—Ya me estoy arrepintiendo de haberte invitado.

Al otro día, bien temprano en la mañana, los polos ya no tan opuestos se dirigieron a la montaña para visitar el famoso y solitario castillo medieval. Allí, a la vera de lo que supo ser el patio de armas, Santiago tomó de la cintura a su acompañante y la besó como si no hubiera mañana, como si buscara revivir algún romance perdido en el tiempo, motivado por los fantasmas del pasado que aún continuaban deslizándose por las columnas raídas, observando celosos el amor sincero del que alguna vez fueron testigos, el que alguna vez sintieron en su inmortal corazón.

Sin embargo, lo que pintaba para una jornada de ensueño, el quiebre definitivo para con un destino esquivo que se negaba a ungirlos con su bendición, se truncó ni bien regresaron a la posada y se toparon con una visita inesperada.

—¿Mariano?

—Qué sorpresa verdad —replicó abalanzándose sobre ella para abrazarla—. Cuando me enteré que estabas aquí varada, ni lo dudé.

—No estoy entendiendo nada.

—Vine a buscarte, vine a llevarte a casa.

—Disculpen, mejor los dejo solos —dijo Santiago con un leve dejo de tristeza en la voz.

—¿Tú eres el camarero?, ¿sería muy osado de mi parte pedirte que lleves mi equipaje a la habitación?

—Santiago no es un camarero, es mi amigo.

—Ah, lo lamento mucho, no quise...

—No se preocupe, no me ofendió —interrumpió—, pero temo que tendrá que subir usted mismo su maleta.

—Pero imagino que esta posada tendrá empleados que hacen el trabajo pesado, ¿verdad?

—No sé qué te propones o cuáles son tus intenciones al estar aquí, pero no es una buena idea.

—¿Esa es tu forma de agradecerme? —inquirió quitándose los lentes de sol.

—¿Agradecerte?

—Vine con un helicóptero, a este paraíso nevado, a llevarte a casa con tu hija.

—Jamás pedí que lo hicieras.

—Creí que querías pasar la Navidad con ella —retrucó.

—No te atrevas a manipularme con mi hija.

—¿Por qué eres tan hostil?, ¿Cuántas veces debo disculparme contigo, decirte que estoy arrepentido y que regreses a casa?

—Todas no serán suficientes, créeme —respondió fulminándolo con la mirada.

—Nos haces mucha falta en la firma; las cosas no fueron igual tras tu partida.

—Eso escuché.

—Te llevaste a varios de nuestros mejores clientes —le reprochó de forma solapada.

—Técnicamente ellos me siguieron a mí.

—Quiero que vuelvas.

—Es tarde para eso, soy muy feliz en mi trabajo.

—¡Piénsalo! —exclamó—. Vivirás en la misma ciudad que tu hija, no más llamadas tristes en las noches, no más cenas en soledad, no más dolores insoportables en el alma.

—Todo eso te lo debo a ti.

—Está bien, me lo merezco, merezco todo tu repudio y resentimiento —aceptó asintiendo con la cabeza—, pero no seas tan testaruda, no subirás a ese helicóptero por mí, sino para cumplir la promesa que hiciste a Sofía.

—Quiero que retires la demanda.

—¿Disculpa?

—Los trámites que iniciaste para quedarte con la tenencia de la niña.

—Amor, escucha...

—¡No me llames así! —vociferó.

—Tú vives en otra ciudad, es absurdo que mi hija esté viviendo con mi suegra y mi cuñada, cuando yo puedo brindarle todo lo que necesita.

—¿De verdad?, ¿acaso pediste licencia en el estudio?

—El trabajo no es impedimento para...

—Estás ausente el 80% del tiempo —interrumpió—, no dejaré que a mi hija la crie una niñera, solo porque tú te empecinas en lastimarme.

—Múdate con ella, regresa a la ciudad, sé una madre presente.

—Tuve que alejarme porque tú, encima que me engañaste del modo más asqueroso, me despediste de tu empresa —le recordó vehemente.

—No fui yo, fueron los otros socios —se excusó—. Dijeron que había un conflicto de intereses, que no podrías concentrarte en tus

responsabilidades y...

—Ya no quiero escucharte —interrumpió dando media vuelta, enfilando rumbo a la posada.

—No seas cabeza dura, regresa con nosotros.

—No volvería contigo ni aunque fueras el último hombre sobre la tierra.

—Escuché que te hicieron socia, felicidades.

—¿Y sabes cuál es el objetivo de la firma para el próximo año? —preguntó con malicia, relamiéndose en la novedad que estaba a punto de compartir.

—No tengo idea.

—Destruir a Yerfesson, Clide y Marsol.

—¿Disculpa?

—Les arrebataremos todos los clientes, los hundiremos hasta que desaparezcan.

—Eso no es muy amistoso.

—¿Y sabes qué será lo mejor? cuando te quedes sin empleo, cuando compremos tu estudio a un precio módico, serás tú el que daba abandonar la ciudad en busca de otra oportunidad y yo regresaré a casa, me sentaré en tu oficina, en tu estúpida silla ejecutiva, y veré a mi hija jugar desde el ventanal que da a la plaza, sobre la avenida Soldi.

—De acuerdo —balbuceó—, acabas de declararme la guerra.

—Una sin cuartel —afirmó—. Te equivocaste al meterte con mi hija.

—Ella es mi hija también.

—Entonces no le hagas más daño.

—Tal vez lo olvidaste bajo el manto de resentimiento que te gobierna, pero vine hasta aquí, desafiando las condiciones climáticas, para poder reunirme con ella en Navidad. Pero en lugar de agradecerme, de bajar la guardia y proponer un cese de hostilidades, me insultas y me amenazas.

—No finjas ser el padre del año, ambos sabemos que tu favor no es gratuito, viene con condicionantes.

—¿Es un crimen capital que quiera volver con la mujer que amo? —preguntó abriendo los brazos de par en par.

—Yo ya no te amo.

—Déjame reconquistarte —imploró—, volverte a enamorar.

—Es tarde para eso, lo lamento.

TRISTEMENTE DESTINADOS

PARTE I

—Por favor, solo es un agasajo para mi mujer —imploró por enésima vez —, no les estoy pidiendo nada del otro mundo, sino simplemente que hablen con su cocinero y le prepare todo cuanto anoté en esta lista.

—Escucha Mariano, ¿te llamas Mariano, verdad? Aquí, en el Palacio Martinoli, no ofrecemos esos servicios.

—¿Pero qué daño puede hacer? Solo quiero llevarle el desayuno a la cama.

—Si lo hiciéramos con usted, tendríamos que permitirselo a todo el mundo —respondió Blanca insobornable—. Este no es un hotel, es una posada familiar, en la que nos gusta compartir el tiempo con nuestros huéspedes; y el desayuno, así como el resto de las comidas, se sirven en el gran comedor o el jardín de invierno.

—De acuerdo, ya entendí la indirecta.

—¿Disculpe?

—¿Cuánto me costará este favor? —preguntó insolente, sacando a relucir su billetera.

—Creo que no lo entiendo.

—Solo dígame cuál es el número que la hace feliz y luego vaya a decirle al cocinero que se apure —exigió prepotente.

—¿Cómo se atreve a faltarle el respeto a mi esposa de esa manera? —inquirió Eduardo acercándose por detrás.

—Lo lamento, no fue mi intención ofenderla, solo creí que estaba pidiéndome dinero a cambio del desayuno —se excusó.

—No sé con qué personas está acostumbrado a tratar, y los modales que mueven sus relaciones pero, por lo visto, está muy lejos de casa.

—¿Se dan cuenta lo absurdo que es negarse a mi petición? Solo pretendo disculparme con mi esposa, hacerle saber que iniciamos con el pie izquierdo y que mis intenciones son buenas...

—Dígaselo, nada mejor que una confesión frontal —interrumpió Blanca.

—Planeaba hacerlo mientras desayunábamos en su dormitorio.

—No están registrados como pareja, no puede ingresar a su habitación.

—¿Disculpe? —inquirió abatido.

—Es una posada familiar, no un hotel alojamiento.

—¿Está bromeando, cierto?

—Puede solicitar una habitación matrimonial y hacer lo que le plazca.

—Excelente, deme uno de esos cuartos y...

—Temo que no hay disponibilidad —contestó sin rodeos.

—¿Cómo dice?

—Estamos casi llenos, la Navidad es una época de mucha demanda y reservaciones.

—¿Entonces por qué me sugirió alquilar uno?

—Solo dije que si se hospedara en una habitación matrimonial, entonces podría, tal vez, desayunar con ella.

—¿Esto es un hostel o un convento? —preguntó esbozando una sonrisa irónica.

—Solo le rogamos que deje su cuarto en condiciones al irse.

—¿Me están echando?

—Le dije ayer cuando arribó que hacíamos una excepción porque era conocido de Akina, pero la habitación está reservada y el huésped no tarda en llegar.

—Esto es increíble.

—Descuide, si no puede irse por el clima, le buscaremos otro lugar donde pueda quedarse.

—Gracias, son muy amables —replicó sarcástico, a punto de explotar de furia.

Agobiado, convencido de que el mundo se había complotado en su contra, Mariano creyó oportuno cambiar su actitud, mostrarse como una persona cordial y de buenos tratos, con el fin de hallar un aliado que lo acercara a cumplir sus anhelos, esos que parecían flotar a años luz de distancia.

—¡Oye! —gritó—, qué bueno que te encuentro.

—¿A mí? —inquirió Santiago que se disponía a pasear a Bartolo.

—Quería disculparme contigo por haberte confundido con un camarero.

—No hay cuidado, no tiene nada de malo ser camarero.

—No, claro que no —sonrió—; pero tal vez pensaste que pretendía menospreciarte frente a mi esposa.

—Descuida.

—¿Sin rencores?

—Claro.

—¡Aguarda! —exclamó—, ¿ese que tienes de la correa no es el perro de Akina?

—No, éste es macho, la Basset Hound que dices está por allá —dijo señalando uno de los cobertizos.

—¿Y tú tienes uno de la misma raza?, ¿qué extraña coincidencia, no lo crees?

—Ya lo creo que sí.

—¿Acaso los regalaban como suvenir por quedarse es esta pésima posada? —bromeó.

—¿No te gustan los perros?

—La verdad, requieren demasiado cuidado y no tengo tiempo para dedicarles; aunque si te soy del todo sincero, jamás tendría uno de esos perros tristes de orejas caídas; creo que me daría depresión con solo mirarlos.

—Son muy buenos, compañeros y leales.

—Sí, a Sofía le encantará, pero yo sé bien cuáles son los motivos de Akina para llevárselo.

—Dijo que su hija siempre quiso un perro.

—Es para compensar su ausencia —objetó—. Pretende con obsequios comprar el cariño de una hija que apenas conoce.

—Bueno, tú tienes mucho que ver en eso.

—¿Disculpa? —preguntó frunciendo el ceño.

—Por tu culpa tuvo que alejarse de Sofía.

—¿Quién crees que eres para hablarme así?

—Un amigo de Akina.

—Pues, déjame decirte que ella se fue de la ciudad porque quiso, no tenía ninguna necesidad; pero su orgullo fue más fuerte.

—¿No la echaron de su trabajo?

—Hay bufetes de abogados en Yultán —se excusó—. Yerfesson, Clide y Marsol es el mejor, pero hay otros.

—Tal vez estás enfadado porque se fue a otro sitio y logró triunfar.

—¡Tonterías! —vociferó—. Siempre la alenté, siempre supe que era buena abogada.

—Pero ahora se volvió una verdadera competencia, y puede que tu ego no lo pueda tolerar.

—No sabes de lo que estás hablando; ella y yo, juntos, haremos grandes cosas.

—¿Juntos?

—Vine a llevarla a casa, a retomar las cosas donde las dejamos.

—¿Qué te hace pensar que no rehízo su vida?

—Ella está soltera, la conozco.

—¿Y tú lo estás? —chicaneó.

—Por eso estoy aquí

—Entonces tu aventura ya se terminó.

—¿Qué te da derecho a juzgarme?, ¿acaso tú nunca te equivocaste?

—Sí, tu aventura se terminó —sonrió.

—Entendí que era solo un amor pasajero, que no se comparaba en lo más mínimo a lo que tenía con Akina.

—¿Te dejó, verdad?

—¿Cómo dices?

—Tu desesperación y falsa arrogancia te delataron —respondió—. El hecho de que aparecieras aquí sin invitación, fingiendo preocuparte por ella, hablando de una familia feliz que nunca te preocupaste por resguardar, demuestra que estás inseguro, víctima de un abandono repentino.

—¿Acaso eres adivino?

—Hago perfiles para la policía.

—¿En serio existe esa profesión? —indagó desconfiado—. Creía que solo existía en series de detectives y películas de bajo presupuesto.

—Pues, me pagan muy bien. Aunque admito que no es muy científico que digamos; solo le digo a la policía qué buscar; no hago arrestos ni declaro frente a los tribunales.

—Básicamente eres un charlatán, un embustero —lo insultó abiertamente.

—No te creas, mis servicios son muy requeridos.

—¿Tienes éxito a menudo?

—Siempre detecto a estafadores, mentirosos y criminales.

—¿Estás insinuándome algo?

—Solo procura cuidar bien a esa perra; Akina la quiere mucho.

Entretanto, luego de haber meditado sus opciones durante toda la noche, Akina bajó a desayunar con la idea de hablar con su ex pareja, poner los puntos sobre las íes y comunicarle la decisión que había tomado al amparo de la luna. Sin embargo, ni bien llegó al salón principal, se topó con Blanca y una inusitada cara de pocos amigos que delataban que algo no iba nada bien.

—Sé que no me incumbe, que no tengo derecho a meterme en tu vida, pero déjame decirte que tu ex marido no me cae nada bien.

—¿Qué hizo ahora? —preguntó resignada, avergonzada.

—Es algo en su personalidad, tiene malos modales.

—Sí, por lo visto empeoró con los años.

—Parece que vino en un plan de reconquista.

—¿Qué quieres decir?

—Vino por ti, para recomponer su relación, al menos eso le ha dicho a todos los huéspedes de la posada.

—Bueno, eso nunca pasará, no hay ninguna posibilidad de volver con ese crápula.

—Me alegra escucharlo.

—Además, su llegada se dio en el peor momento; justo cuando empezaba a entenderme con Santiago —confesó sonrojada.

—Eso no tiene por qué ser un impedimento.

—Odio a Mariano, no quiero saber nada con él, pero su oferta de llevarme a casa es muy tentadora. Tal vez sea la única manera de llegar a tiempo para Navidad y poder abrazar a mi hija.

—Entonces no debes dudarlo, súbete a ese helicóptero y colma de abrazos a esa criatura hermosa que te espera —la alentó.

—Creí que intentarías detenerme, convencerme de lo contrario.

—Desde que llegaste, tu objetivo siempre estuvo claro, y nadie más que yo te apoya en esta misión —respondió—. Solo me gustaría que no perdieras contacto con aquello que te hace feliz.

—Descuida, te prometo que regresaré a la posada, haré de este sitio mi escape personal, mi lugar en el mundo.

—Me refería a Santiago.

—Dudo que sea conveniente alimentar vanas esperanzas —se lamentó.

—¿Qué quieres decir?

—Somos diferentes. Tenemos vidas diferentes, vivimos en ciudades diferentes; nunca habrá futuro para nosotros, no uno real.

—Confía en mí Akina, hay cosas que son demasiado valiosas como para soltarlas sin luchar.

—¿Y qué se supone que haga? —preguntó con el corazón en la mano.

—Por empezar, habla con él —aconsejó—. Sé sincera sobre tus sentimientos y déjale en claro que tu ex apareció por sorpresa, que no sabías nada, ni estás interesada en retomar tu antigua relación.

—Tienes razón —asintió—, no he hablado con él desde que Mariano apareció y debe estar confundido, con cientos de preguntas.

—Ya sabes lo que dicen, las cuentas claras conservan la amistad.

—No lo vi en el comedor, ¿aún no bajó a desayunar?

—Eduardo lo vio en el granero, de seguro fue a ver a Bartolo.

A toda prisa, decidida a desnudar su corazón y darse al fin la oportunidad mágica de enamorarse, corrió hasta el establo pero no encontró lo que buscaba, sino todo lo contrario.

—¿Qué haces tú aquí?

—Hola Mariano, qué tal, cómo amaneciste esta mañana —ironizó.

—Ya, en serio, ¿qué haces? —insistió.

—Estaba esperándote, sabía que vendrías hacia aquí para visitar a tu mascota.

—Hablando de ella, ¿dónde está? —preguntó mirando en todas direcciones.

—No debes preocuparte por comprar el cariño de Sofía, eres su madre, ella te ama de modo incondicional.

—¿Dónde está la perra? —se desesperó.

—Podrás compensar la ausencia de una manera menos superficial, menos frívola.

—¿La soltaste, cierto? —inquirió fulminándolo con la mirada.

—La liberé —asintió—, igual que pienso hacerlo contigo.

—¿Disculpa?

—No era la forma de lidiar con tus inseguridades. ¿En serio pensaste que tu hija aceptaría una perra deprimente, que no puede beber agua sin mojar sus extensas orejas?

—Eres un maldito desgraciado.

—Lo que Sofía necesita no es un perro, es tener a sus padres cerca, a los dos, juntos de nuevo, como una familia, eso es lo que vamos a darle.

—Sal de mi vista si no quieres que te asesine —amenazó vehemente a punto de perder los estribos.

—Ya no más meses enteros sin verla, noches bañadas de tristeza por no poder abrazarla, por no poder arroparla, por no ser testigo presencial del día a día. ¡Estoy rompiendo tus cadenas!

—La única cadena que verás, será la que ponga en tu cuello si Jazmín no aparece pronto; ¿me escuchaste?

TRISTEMENTE DESTINADOS

PARTE II

Víctima de un ataque de nervios que apenas si le permitía mantenerse enfocada, Akina logró avisar a Blanca de lo sucedido con Jazmín y en menos de veinte minutos se organizó una búsqueda sin precedentes. Los empleados del hostel, los huéspedes, los bomberos voluntarios, la policía, incluso gente del pueblo ajena por completo a la situación, se sumó a la operación rescate que se proponía traer a la Basset Hound de regreso a casa.

Lo que nadie hubiera imaginado jamás, era que Jazmín había seguido el rastro de Bartolo hasta los pies del castillo Xendarny, donde Santiago lamentaba su suerte y hacía catarsis ante la atenta mirada de su perro que lo contemplaba compasivo, condescendiente.

—¿Me aceptas un consejo compañero? Jamás te enamores. La vida es ingrata. Más rápido de lo que te da, te quita; y ahí quedas tú, con la vista perdida en el horizonte perpetuo, preguntándote qué pudo haber sido si... como si eso cambiara las cosas, como si lamentarse y despotricar contra la suerte fuera suficiente para aliviar el castigo de un alma no correspondida.

«Qué tonto fui, qué iluso, cómo pude creer que había futuro para nosotros, que lo que sentimos era tan genuino y real que no importaba la distancia, no importaban los avatares del destino inmiscuyéndose en el sendero hacia la felicidad infinita. Ay Bartolo, amigo mío, dicen que los perros captan como nadie el estado de ánimo de sus amos, pues estoy destruido, estoy derrotado, no veo cómo volver a ser lo que un día fui si no la tengo, si ya no puedo caer presa de su sonrisa o dejarme encandilar por sus ojos luminosos como el firmamento infinito. Soy un paria, una sombra, apenas el bufón de una historia de amor que no alcanzó siquiera a respirar, que pereció antes de ver el sol.

¿Estás escuchándome Bartolo?, ¿acaso te importa algo de lo que te digo?

Un segundo después, como si se tratara de un abandono artero, el Basset Hound salió corriendo en dirección a ninguna parte, hasta que por fin encontró a su media naranja a mitad de camino, y comenzaron a lamerse y

refregarse como quien sella un amor infinito y lo declara más allá de la distancia.

—¿Jazmín?, ¿qué haces aquí?, ¿dónde está tu correa?, ¿acaso escapaste?

Preguntas que hallaron respuesta al emprender el regreso y anoticiarse de la búsqueda desesperada que tenía a Jazmín como protagonista de la historia. Fue indescriptible apreciar el consuelo en los rostros que hacía instantes lucían preocupados, las lágrimas convertidas en sonrisas y los abrazos que teñían de emoción el deber cumplido. No era simplemente un perro extraviado, era la felicidad de una niña lo que estaba en juego y la relación que aún no construía con la que esperaban sería su amiga inseparable. Por eso, para festejar un reencuentro que parecía lejano, los bomberos organizaron un pequeño agasajo para los canes que servía, además, como excusa para reunir a todo el mundo en las vísperas de la Navidad.

—Mañana me voy.

—Temía que dijeras eso —replicó Santiago—, pero me alegro por ti, sé lo que está esperándote en Yultán.

—Solo quería decirte que...

—Por favor, no lo digas —suplicó.

—¿Por qué?

—Complicará las cosas y lo volverá más doloroso de lo que ya es.

—¿Entonces es todo?

—Jamás dije eso.

—Pero ni siquiera quieres hablarme.

—Prefiero dejar las cosas en pausa y retomarlas en el futuro.

—Ni siquiera pediste mi teléfono —se quejó entre dientes.

—Eres socia de un bufete prestigioso, seguro lo conseguiré por ahí.

—¿Y qué hay de ti?, ¿se supone que debo enviar a mis investigadores a buscar tu número o nos ahorramos ese paso y te agrego a la agenda para saludarte en Navidad?

—¿Crees que me conformaré con un frío saludo telefónico? —preguntó frunciendo el ceño.

—¿Entonces cómo quieres hacerlo?, ¿cómo quieres que esto funcione? —indagó con el corazón desbocado.

—Dejemos que el tiempo lo decida.

Tras la cena y un número musical improvisado a cargo del subteniente Valdez, todos se fueron a sus camas ansiosos por recibir la Noche Buena en compañía de sus seres queridos, en el lugar que habían decidido estar. Por eso, aunque detestaba a su ex marido, Akina pasó la noche armando el equipaje, decidida a volar rumbo a su casa, resuelta a mantener viva su promesa.

—Siempre es duro despedirse de los huéspedes, porque para nosotros son como de la familia, pero tú fuiste como un regalo, ojalá algún día volvamos a verte —dijo Blanca con un insoportable nudo en la garganta.

—¡Desde luego! Les prometo que volveré, y traeré a mi hija conmigo.

—Sí, ya queremos conocerla.

—Vamos a extrañarte Akina —dijo Macarena secándose las lágrimas con el revés de sus manos.

—Y yo a ti amiga mía, pero no debes ponerte triste, ya intercambiamos nuestros números y estaremos siempre en contacto. Además, quiero conocer a ese hermoso bebé que crece en tu vientre.

—Iré a buscar a Jazmín —dijo Eduardo para evitar caer presa de la emoción.

—¿El helicóptero está en la estación de policía?

—Sí, Mariano está ultimando todos los detalles.

—No sabes lo felices que nos hace verte sonreír al fin.

—Era importante para mí cumplir esta promesa —replicó—. Admito que este no era el modo en que había maquinado las cosas, pero no hay mal que por bien no venga.

—¿Y Santiago? —preguntó Blanca con sincera curiosidad.

—Decidimos que era mejor no despedirnos.

—¿Pero quedaron en algo?

—Por favor, no me digas que su historia ya se terminó —imploró Macarena a la expectativa de una respuesta esperanzadora.

—Debemos confiar en el destino...

—¿Eso qué significa?

—Si estamos predestinados, entonces la vida nos volverá a juntar y estaremos listos para construir un futuro juntos —respondió esbozando una sonrisa.

—Sé que así será.

—Bueno, llegó el momento del adiós.

—Mejor que sea un hasta luego.

—Sí, hasta luego entonces —dijo mientras abrazaba a Blanca con todas sus fuerzas—, y gracias por todo, de todo corazón.

—Gracias hacen los monos; eso decía mi madre.

—Cuídate mucho —dijo Macarena mientras se fundía en un abrazo sincero con su flamante amiga.

—También tú.

—Aguarda, casi lo olvido —dijo Blanca entregándole una bolsita y un pequeño suvenir del Palacio Martinoli—; nadie se va de aquí sin su recordatorio.

—Le buscaré un bello lugar en mi casa, a los pies del árbol de Navidad.

—Eso sería fantástico.

—Bueno, supongo que solo me queda decirles una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntaron al unísono.

—¡Feliz Navidad!

¡Ni que lo digan! En casa de Akina todo era felicidad. Luego de un viaje tumultuoso que luchó contra el clima y también contra la insistencia de un hombre derrotado por reconquistar un imposible, al fin pudo cumplir su promesa. Tras cruzar el umbral, ni bien vio a su hija correr hacia ella y fundirse en un abrazo de amor infinito, todo pasó a un segundo plano; los arrumacos y el llanto desaforado que erizaba la piel, eran el mejor regalo que podían hacerse en esas fechas tan especiales, más que cualquier objeto material, más que cualquier cosa en el mundo.

—¿Por qué no lo trajiste contigo? —preguntó Fumiko.

—¿Acaso te volviste loca mamá?

—Al fin habías encontrado un buen hombre, que te quería, que te respetaba, que compartía tus metas; y simplemente lo dejaste escapar —le reprochó incrédula.

—No lo dejé escapar, solo nos alejamos por un tiempo.

—Entonces piensas volver a verlo.

—Ojalá, eso espero.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó frunciendo el ceño.

—Ya veremos lo que nos depara el destino.

—Definitivamente enloqueciste

—Mamá tiene razón hermana —intervino Reiko—, Santiago parece el indicado para ti.

—Ni siquiera lo conoces.

—Pero tu voz, tu cara sonrojada, tu mirada perdida cuando lo recuerdas; no puedes fingir esos sentimientos.

—Ahora están exagerando.

—Acéptalo, estás enamorada —insistió.

—Ese es mi mayor temor

—Ya olvídate del estúpido de Mariano, mereces ser feliz, empezar de nuevo.

—Vivimos en ciudades diferentes —lamentó acongojada.

—Bueno, ese no debería ser problema.

—No quiero una relación a distancia, ya no más.

—Pueden mudarse ambos a Yultán.

—Soy socia de la firma, la sede central están en Portzuela.

—Pero siempre pueden abrir una aquí, competir mano a mano con esos arrogantes de Yerfesson, Clide y Marsol

—No lo sé, parece demasiado osado —replicó.

—¿Ya olvidaste lo que te hicieron?

—No puedo convertir mi trabajo en una venganza personal.

—Claro que puedes —la arengó—. Puedes y debes hacerlo. Múdate aquí y no te detengas hasta verlos de rodillas, llorando lágrimas de sangre, impotentes ante la banca rota.

—¿Qué le hiciste a mi hermana?, ¿desde cuándo la dulce Reiko se volvió tan sádica?

—Desde que tienes la oportunidad de ser feliz; y créeme que no dejaré que nadie, ni siquiera tú misma, boicoteen esa relación.

Entretanto, en la casa de los Antúnez, la felicidad también se hizo presente al recibir al hijo pródigo justo antes de la hora de la cena, cuando habían perdido las esperanzas, cuando se hacían a la idea de brindar con su ausencia una vez más, como siempre.

—¿Por qué no la trajiste contigo? —le reprochó desencajada.

—Ella tiene su propia familia, mamá.

—Pero pudieron haber venido todos —insistió molesta.

—Ni siquiera los conozco.

—Excusas, simples excusas.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó frunciendo el ceño, mientras se preparaba para llevar las bandejas a la mesa.

—Siempre mantuviste tus relaciones alejadas de la familia, como si te diéramos vergüenza o, peor aún, como si portáramos algún virus contagioso.

—No te la presenté, ni a ella ni a ninguna otra, porque no es mi novia, no tenemos una relación formal y sé que no tardas en hacerte la película equivocada —se excusó de inmediato.

—¿Ahora me acusas de encariñarme rápido con la gente?

—No, te acuso de casamentera —chicaneó mientras le daba un beso en la mejilla.

—¿Es delito querer que mi hijo forme su propia familia?

—No, lo que es delito es espantar a tus futuras nueras —retrucó.

—Santiago Antúnez, me estás ofendiendo.

—Mamá, sé completamente sincera, ¿cuánto hubieras tardado en decirle a Akina que se vería hermosa con un vestido blanco, caminando hacia el altar?

—No pienso caer en tus provocaciones.

—¿Cuánto tiempo? —insistió.

—Eso depende.

—Ahí lo tienes; por eso no te presento a ninguna chica, porque saldrían huyendo despavoridas.

—Primero debo conocerla, saber si es buena para ti.

—Mamá...

—Llámame antigua, pero no tiene nada de malo querer lo mejor para mi hijo.

—¿Y qué es lo mejor?

—Una buena mujer que te ame por lo que eres, que siempre permanezca a tu lado, incluso en los momentos difíciles; solo eso.

—Prometo que si algún día vuelvo a verla, y no se comprometió con otro sujeto, la traeré aquí para que la conozcas.

—¿Te escuchas? —preguntó con el rostro desfigurado, haciendo malabares para no golpearlo—. Suenas igual a un cobarde.

—¿Y ahora por qué me atacas?

—Deberías estar en su casa, diciéndole lo enamorado que estás, lo mucho que la necesitas, la falta que le hace su presencia a tu vida; pero en lugar de eso estás aquí, hipotecando tu felicidad, echándola a la suerte,

como si fuera una moneda al aire, como si dependiera de un giro de los dados.

—Así lo acordamos mamá —se justificó.

—Mira al pobre Bartolo, ahí tirado sumido en la más absoluta depresión.

—Así son los Basset Hound, ya se le pasará.

—Escucha a tu madre, ese perro extraña a Jazmín.

—¿Disculpa?

—Tu cobardía lo privó de fundirse a su media naranja.

—¿Hablas en serio?

—Fuiste un egoísta —le recriminó sin anestesia.

—No puedo creer que me acuses de coartar la felicidad de mi perro.

—No hijo, te acuso de coartar tu felicidad.

Luego de pasar una agradable noche en familia, Sofía se levantó temprano para abrir los regalos y no pudo contener la emoción al ver a Jazmín rendida a los pies del árbol de Navidad. Desesperada, ansiosa por sacarla a pasear, la llevó a la plaza central con la intención de presumir su felicidad frente a todo el barrio, pero no contaba con que tendría que perseguirla a toda prisa, luego de que la perra decidiera acelerar el paso y correr como si no existiera mañana en un rumbo incierto.

—¿Santiago? —preguntó Akina mientras recuperaba el aliento.

—Te dije que tu perra era la que buscaba a Bartolo, pero no quisiste escucharme.

—No entiendo nada, ¿qué estás haciendo en Yultán?

—Creo haberte dicho que pasaría la Navidad en casa de mi madre —replicó esbozando una sonrisa.

—Pero nunca me dijiste que vivía en esta ciudad.

—¿No lo hice?

—Eres un estúpido.

—Feliz Navidad.

—Feliz Navidad para ti también —sonrió sin salir del asombro.

—¿Y tu ex?

—Creo haberte dicho que ya no tiene lugar en mi vida.

—Me alegra oírlo.

—¿Y ahora qué? —preguntó abriendo los brazos de par en par.

—Así que ella es la famosa Sofía.

—Hija, ven que quiero presentarte a un amigo.

—¿Tú eres Santiago? mamá habla mucho de ti.
—¿De verdad?
—¡Sofía! —la regañó mientras se ponía roja como un tomate.
—Creo que le gustas.
—Ignórala, ya sabes cómo son los chicos.
—Sí, puedo imaginarlo.
—Está muy emocionada con Jazmín —se apuró a cambiar el tema, sonrojada hasta la médula—, fue un acierto regalársela.
—¿Piensas que ella está feliz por la perra?
—Claro, ¡Mírala!
—Está feliz porque compartió la Navidad contigo, porque regresaste a su lado.
—¿Y qué hay de ti?, ¿qué se necesita para hacerte feliz?
—Bueno —carraspeó—, en eso no soy muy diferente a tu hija.
—Entonces alégrate, ya estoy aquí, parada justo frente a ti.
—Pero no lo suficientemente cerca —replicó antes de besarla, sosteniendo fuerte la correa de Bartolo, que no escatimaba en lamidas a su media naranja que se debatía entre su amor perruno y el amor incondicional de su nueva mejor amiga.

FIN

Si te gustó “*Basset Hound, un romance de Navidad: tristemente destinados*”, te animo a votar la novela y dejar un comentario en Amazon para que pueda llegar a más lectores.

Libros de romance/comedia romántica/romance dramático

Un segundo de lujuria: <https://mybook.to/Unsegundodelujuria>

La sonrisa más dulce: <https://mybook.to/lasonrisamasdulce>

Una gema invaluable: <https://mybook.to/unagemainvaluable>

Tesoro compartido: <https://mybook.to/tesorocompartido>

SAGA PARAÍSO

Una intrusa en el paraíso <https://mybook.to/UnaIntrusaenelParaíso>

Una porción de Paraíso: <https://mybook.to/porciondeparaisoebook>

Libros de la saga “El asesino de las rubias” disponibles en Amazon:

El asesino de las rubias: <https://mybook.to/asesinorubiasebook>

Inocencia Truncada: <https://mybook.to/inocenciatruncadaebook>

Perversa Fantasía: <https://mybook.to/perversafantasiaebook>

El eco de su sombra (spin-off): <https://mybook.to/ecosombraebook>

Laberinto Macabro: <https://mybook.to/laberintomacabroebook>

La Elegida (spin-off): <https://mybook.to/laelegidaebook>

El retorno del asesino: <https://mybook.to/elretornodelasesino>

La emboscada siniestra: <https://mybook.to/emboscadasiniestra>

Violet
Huellas de sangre

Libros de Novela Negra:

Yo no fui, aunque parezca lo contrario: <https://mybook.to/yonofui>

Libros de Suspense/Thriller

Subasta Real: <https://mybook.to/subastareal>

Libros de comedia juvenil

Una diva en la cornisa (saga Diva): <https://mybook.to/unadivaenlacornisa>

Libros de aventura/fantasía:

Diluvio: El despertar de la reina Zafiro (saga Diluvio): <https://mybook.to/diluvioeldespertar>

Libros de acción/thriller/comedia

Enamorados de lo ajeno (saga lo ajeno): <https://mybook.to/enamoradosdeloajeno>

LIBROS NO FICCIÓN: JUEGO DE MESA/ENTRETENIMIENTO EN FAMILIA O CON AMIGOS

¿Quién sabe más? El gran desafío: <https://mybook.to/quiensabemasdesafio>

Información del autor



Sebastian Listeiner, nació en Buenos Aires en enero de 1988. Luego de obtener el título de Profesor de Educación Superior en Historia, del Instituto Superior del profesorado Dr. Joaquín V. González, se dedicó a explotar su pasión por la escritura.

Te invito a pasar por mi [Instagram](#) para conocer más acerca de mi obra. Allí, además de un contacto más directo conmigo, hallarás un amplio catálogo de novelas, de diferentes géneros y temáticas, que espero sean de tu agrado para acompañarte a disfrutar de un momento de distensión y entretenimiento. También puedes visitar mi perfil de [Booknet](#) y mi [website](#)